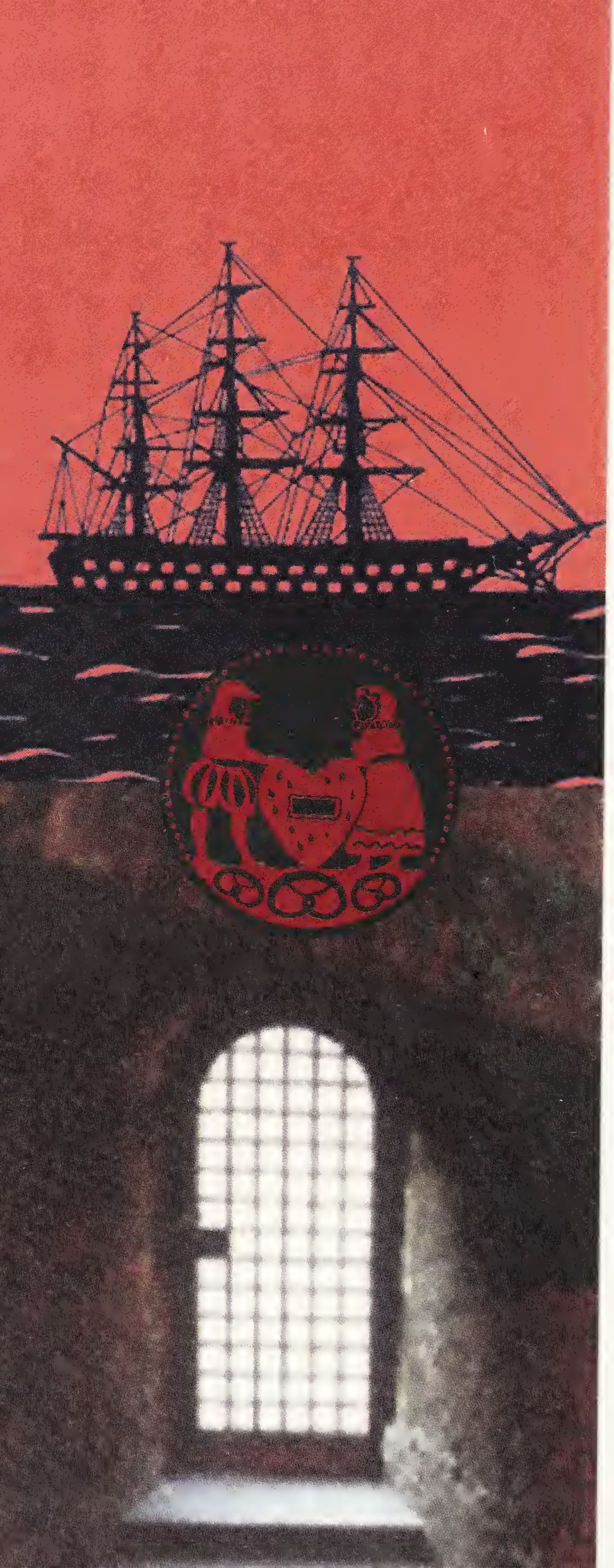
marguerite yourcenar

ana, soror...

ELATO
orto
ILAR



marguerite yourcenar

ana, soror...

Spanish
FIC
Y81Pan

Coordinación de la colección: Eugenio Alonso Martín
Dirección de arte: José Crespo
Diseño de cubierta: Alfonso Sostres
Diseño de interior: Rosa Marín
Editores: Mercedes Rubio y Alberto Martín Baró

Título original: *Anna Soror...*, de *Comme l'eau qui coule*
Traducción: Emma Calatayud
© De esta edición: 1994, Aguilar, S. A. de Ediciones
Juan Bravo, 38. 28006 Madrid

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Beazley, 3860. 1437 Buenos Aires

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C.V.
Avda. Universidad, 767, Col. Del Valle
México, D.F. C.P. 03100

Editorial Santillana, S. A.
Carrera 13, n.º 63-69, piso 12
Santafé de Bogotá - Colombia

Santillana Publishing Co.
901 W. Walnut Street
Compton, California 90220

I.S.B.N.: 84-03-60260-X
Depósito legal: M. 28.834-1994
Printed in Spain
Impreso en los Talleres Gráficos de
PALGRAPHIC, S. A., Humanes
(Madrid)

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro,
sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Índice

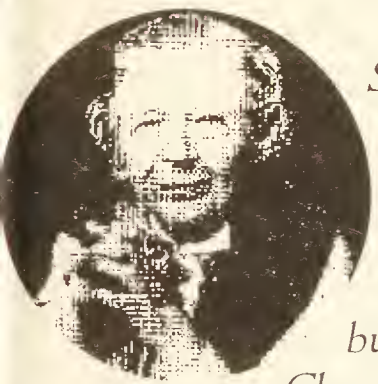
Marguerite Yourcenar 5
o el tiempo que fluye

Ana, soror... 7

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/anasoror0000your

Marguerite Yourcenar o el tiempo que fluye



Si hubiera que trazar en unas pocas pinceladas el retrato de Marguerite Yourcenar, la describiríamos como una mujer extraordinariamente culta, constante viajera, que hizo de la literatura y del escribir, más que un oficio, una apasionada búsqueda del sentido de la existencia humana.

Claro que esto no nos dejaría satisfechos, a poco que hayamos penetrado en la riquísima personalidad de esta escritora, que nació en Bruselas casi con el siglo, en 1903, y murió en Mount Desert, Maine, Estados Unidos, en 1987. Huérfana de madre desde su nacimiento, Marguerite Yourcenar, cuyo verdadero apellido era de Crayencour,´acompañó a su padre en sus continuos viajes, recibiendo una esmerada formación, de la que nos da idea el hecho de que a los doce años ya poseía sólidos conocimientos de griego.

La atracción que Grecia y, en general, la cultura clásica ejerció en Marguerite se reflejó en sus traducciones de poetas antiguos griegos, en su drama Electra o la caída de las máscaras *(1954) y en la obra que le valió su mayor popularidad,* Memorias de Adriano *(1951), donde, en cartas dirigidas por el anciano emperador a su sucesor Marco Aurelio, Adriano pasa revista a su vida, lo que permite a la autora ofrecernos una minuciosa reconstrucción del mundo romano de la primera mitad del siglo II después de Cristo. Su interés universal la llevó a cultivar todos los géneros literarios, desde la poesía y el teatro, hasta el ensayo, las memorias, el relato y la novela, y a explorar campos tan distintos como la mística*

hindú, el significado de los sueños (El denario del sueño, *1971*) *o los «negro spirituals», que tradujo durante su estancia en Estados Unidos. En 1948 se hizo ciudadana de Estados Unidos sin perder su nacionalidad francesa.*

La vemos tomando notas en el curso de sus viajes, revisando y reescribiendo continuamente su obra anterior. Fruto de una gira por África son los cuentos de Como el agua que fluye *(1982). Y por si alguien tuviera la tentación de considerar la literatura femenina como más blanda o sentimental que la realizada por hombres, ahí está el trabajo serio y concienzudo de esta mujer, la primera que mereció ser elegida miembro de la Academia Francesa (1980). Para el acto oficial de su discurso de ingreso, el modisto Yves Saint Laurent le diseñó «un traje solemne, más que un uniforme: un traje de chaqueta largo, de terciopelo negro, blusa y velo blancos y capa negra».*

En la obra ya citada Como el agua que fluye *y en* El tiempo, gran escultor *(1984), muestra su preocupación por la fugacidad de la vida y el paso del tiempo. El tiempo fue cincelando en su rostro los surcos del sufrimiento y las arrugas y montículos de la edad.*

¿Y el amor? Esta mujer, que publicó numerosos escritos autobiográficos, guardó celosamente su intimidad. Soltera, mantuvo una estrecha amistad con su secretaria y traductora Grace Frick, cuya muerte acaecida en 1979 supuso para Marguerite un rudo golpe. En el pueblecito francés de Mont-Noir, en el Departamento del Norte, conservaba a dos viejas amigas de juventud, a las que visitaba regularmente siempre que viajaba a Europa.

Sus múltiples lazos familiares y relaciones de amistad se fueron disolviendo con el tiempo y Marguerite pasó los últimos años solitaria y aislada en una isla de Maine, amasando su pan y cuidadando de sus perros y sus pájaros.

Nada mejor para introducirnos en el conocimiento de la obra de Marguerite Yourcenar que el relato Ana, soror..., *uno de los tres que integran* Como el agua que fluye *y que a continuación presentamos. Se desarrolla a finales del siglo XVI y principios del XVII en Nápoles y la región de Calabria, dominadas por los españoles hasta 1713, y en él pueden apreciarse temas tan queridos para la autora como las relaciones personales, el amor, la enfermedad y la muerte y una defensa inconmovible de la libertad del ser humano.*

Ana, soror[1]...

Había nacido en Nápoles en el año 1575, tras las gruesas murallas del Fuerte de San Telmo[2], del que su padre era gobernador. Don Álvaro, instalado en la península desde hacía muchos años, se había granjeado los favores del virrey, pero también la hostilidad del pueblo y la de los miembros de la nobleza campaniense[3], que soportaban mal los abusos de los funcionarios españoles[4]. Al menos, nadie ponía en duda su integridad ni la excelencia de su sangre. Gracias a un pariente suyo, el cardenal Maurizio Garaffa, había contraído matrimonio con la nieta de Inés de Montefeltro, Valentina, última flor en que una raza, favorecida entre todas, había agotado su savia. Valentina era her-

[1] *soror :* Hermana. Es una voz latina.

[2] *San Telmo:* Nombre dado por los marineros a su patrón, San Pedro González (1190-1246), dominico español.

[3] *campaniense:* Relativo a la *Campania*, región del sur de Italia, cuya capital es Nápoles.

[4] *españoles:* Los reinos de Nápoles y Sicilia permanecieron bajo dominio español hasta 1714.

mosa, clara de rostro, delgada de cintura: su perfección desanimaba a los hacedores de sonetos de las Dos Sicilias[5]. Inquieto por el peligro que tal maravilla hacía correr a su honor, y naturalmente propenso a desconfiar de las mujeres, don Álvaro imponía a la suya una existencia casi monacal, y los años de Valentina se repartían entre las melancólicas propiedades que su marido poseía en Calabria, el convento de Ischia, en donde pasaba la Cuaresma, y las pequeñas estancias abovedadas de la fortaleza, en cuyas mazmorras se pudrían los sospechosos de herejía y los adversarios del régimen.

La joven aceptó su suerte de buen grado. Su infancia había transcurrido en Urbino, en la más refinada de las sociedades cultas, en medio de manuscritos antiguos, doctas conversaciones y violas de amor[6]. Los últimos versos de Pietro Bembo[7] agonizante fueron compuestos para celebrar su próxima llegada al mundo. Su madre, apenas pasada la cuarentena, la llevó ella misma a Roma, al convento de Santa Ana. Una mujer pálida, con la boca marcada por un pliegue triste, cogió a la niña en brazos y le dio su bendición. Era Vittoria Colonna, viuda de Ferrante de Avalos, el que venció en Pavía, mística amiga de Miguel Ángel. Al crecer al lado de aquella musa austera, Valentina adquirió, desde muy joven, una singular gravedad y ese ánimo sereno de los que ni siquiera aspiran a la felicidad.

[5] *Dos Sicilias* Nombre dado al reino formado por Nápoles y Sicilia. Fue un destacado enclave cultural en la época.

[6] *viola de amor:* Tipo de viola, instrumento musical de arco, de timbre suave.

[7] *Pietro Bembo:* Cardenal, humanista y poeta italiano del s. XVI. Sus *Rimas* (1530) son de inspiración petrarquista.

Absorbido por la ambición y las crisis de hipocondría religiosa, su marido, que le hacía poco caso, no volvió a acercarse a ella a partir del nacimiento de su segundo hijo, que fue un varón. No le impuso rivales, ni tuvo más aventuras galantes, en la corte de Nápoles, que las precisas para dejar asentada una reputación de gentilhombre. Bajo la máscara, en las horas de abatimiento en que uno se entrega a sí mismo, don Álvaro pasaba por preferir a las prostitutas moriscas, cuyos favores se regatean en el barrio del puerto a las encargadas de los burdeles, sentadas en cuclillas bajo una lámpara humeante o al lado del brasero. Doña Valentina no albergaba por ello ningún resentimiento. Esposa irreprochable, nunca tuvo amantes, escuchaba con indiferencia a los galantes petrarquistas, no participaba en las cábalas que formaban entre sí las diversas amigas del virrey, ni elegía entre las damas de su séquito a confidentes ni a favoritas. Por decoro, en las fiestas de la corte, solía ponerse los magníficos atavíos que correspondían a su edad y a su rango, mas no se detenía a mirarse en los espejos, rectificando un pliegue o arreglando un collar. Todas las noches don Álvaro encontraba encima de su mesa las cuentas de la casa revisadas por la mano clara de Valentina. Era la época en que el Santo Oficio, recientemente introducido en Italia, espiaba los menores estremecimientos de las conciencias; Valentina evitaba cuidadosamente toda conversación que versara sobre materia de fe, y su asiduidad en asistir a los oficios respetaba las conveniencias. Nadie sabía que enviaba en secreto ropa y bebidas reconfortantes a los prisioneros en los

calabozos de la fortaleza. Más tarde, su hija Ana no pudo recordar haberla oído rezar, pero sí haberla visto muy a menudo, en su celda del convento de Ischia, con un *Fedón* o *El banquete*[8] en las rodillas, con sus hermosas manos descansando en el antepecho de la ventana abierta, meditando largamente ante la maravillosa bahía.

Sus hijos veneraban en ella a una Madona[9]. Don Álvaro, que pensaba enviar muy pronto a su hijo a España, pocas veces exigía la presencia del joven en las antesalas del virrey. Miguel pasaba largas horas sentado al lado de Ana, en un cuartito dorado como el interior de una arqueta, por cuyas paredes tapizadas corría la divisa bordada de Valentina: *Ut crystallum*[10]. Desde su infancia, ella les había enseñado a leer a Cicerón y a Séneca: mientras ambos escuchaban aquella voz cariñosa explicarles un argumento o una máxima, sus cabellos se entremezclaban sobre las páginas. Miguel, a esa edad, se asemejaba mucho a su hermana; a no ser por las manos, delicadas en ella, endurecidas en él por el manejo de las riendas y de la espada, hubieran podido confundirlos. Los dos niños, que se amaban, callaban con frecuencia, no necesitaban palabras para gozar del hecho de estar juntos; doña Valentina tampoco era muy locuaz, advertida por el justo instinto de los que se saben amados sin sentirse comprendidos. Conservaba en un cofrecillo una colección de

[8] *Fedón, El banquete:* Diálogos de Platón. El primero narra los últimos momentos de Séneca antes de beber la cicuta. En el segundo, interviene Sócrates, que diserta sobre el amor.

[9] *Madona:* Nombre dado a la Virgen María.

[10] *Ut crystallum:* «Como el cristal». Es frase latina.

entalles[11] griegos, adornados algunos con figuras desnudas. Subía en ocasiones los dos escalones que llevaban a los profundos huecos de las ventanas para exponer a los últimos rayos del sol la transparencia de las sardónices[12] y, envuelta por completo en el oro oblicuo del crepúsculo, la misma Valentina parecía diáfana, como sus gemas.

Ana bajaba la mirada, con ese pudor que aún suele acentuarse más en las muchachas piadosas al acercarse a la nubilidad. Doña Valentina decía, con su fluctuante sonrisa:

–Todo lo que es hermoso se ilumina de Dios.

Les hablaba en lengua toscana; ellos respondían en español.

En el mes de agosto de 1595, don Álvaro manifestó a su hijo que antes de llegar las fiestas de Navidad debería dirigirse a Madrid, en donde su pariente, el duque de Medina, le hacía el honor de aceptarlo por paje. Ana lloró a escondidas, pero se contuvo por orgullo delante de su hermano y de su madre. Al revés de lo que esperaba don Álvaro, doña Valentina no hizo ninguna objeción al viaje de Miguel.

El marqués de la Cerna había heredado, de su familia italiana, extensas tierras cortadas por zonas pantanosas y que no le producían grandes rentas. Siguiendo el consejo de sus intendentes, intentó aclimatar en su tierra de Acropoli las mejores cepas de Alicante. El resultado fue mediocre; don Álvaro no se desanimaba: todos los años supervisaba per-

[11] *entalle:* Piedra grabada en hueco.

[12] *sardónice o sardónica:* Variedad de calcedonia, translúcida, de color blanco o pardo rojizo.

sonalmente la vendimia. Valentina y los niños le acompañaban. Aquel año, don Álvaro, ocupado, rogó a su mujer que vigilara ella sola las tierras.

El viaje duraba tres días. La carroza de doña Valentina, seguida por los coches en donde se hacinaban los criados, avanzaba por el desigual adoquinado hacia el valle del Sarno. Doña Ana se había sentado enfrente de su madre; don Miguel, pese a su afición a los caballos, tomó asiento al lado de su hermana.

La vivienda, edificada en tiempos de los angevinos[13] de Sicilia, presentaba el aspecto de una fortaleza. Hacia comienzos de siglo le habían adosado una construcción encalada, especie de granja con su porche, que invadía parte del patio interior, y un tejado plano, en donde secaban las frutas del huerto, más una hilera de lagares de piedra. El intendente se alojaba allí con su mujer, siempre embarazada, y con una caterva de chiquillos. El tiempo, la falta de reparaciones, las intemperies, habían hecho inhabitable la enorme sala, invadida por la superabundancia de la granja. Montones de uvas, ya confitadas en su propio jugo, llenaban de un líquido pegajoso el embaldosado de estilo morisco, plagado de moscas; manojos de cebollas colgaban del techo; la harina que se derramaba de los sacos se infiltraba por todas partes junto con el polvo; el olor a queso de búfalo[14] se agarraba a la garganta.

Doña Valentina y sus hijos se instalaron en el primer piso. Las habitaciones de ambos hermanos

[13] *angevinos:* De la casa de Anjou, que gobernó Sicilia en el s. XII.
[14] *queso de búfalo:* Conserva hecha con carne de este animal, prensada en forma de queso.

se hallaban situadas una frente a otra; por las ventanas, estrechas como aspilleras, Miguel vislumbraba a veces la sombra de Ana, yendo y viniendo a la luz de una lámpara pequeña. Se quitaba horquilla tras horquilla para deshacerse el peinado y luego tendía el pie a una sirvienta para que le quitase el zapato. Don Miguel, por pudor, corría las cortinas.

Los días se sucedían todos iguales, cada uno tan largo como todo un verano. El cielo, casi siempre cargado de calina pegada, por decirlo así, al llano, ondulaba desde la parte baja de la montaña hasta el mar. Valentina y su hija trabajaban en la destartalada farmacia, confeccionando pócimas que luego repartirían a los enfermos de malaria. Diversos contratiempos retrasaban el final de la vendimia; algunos obreros, atacados por la fiebre, no podían levantarse de sus camastros; otros, debilitados por la enfermedad, se tambaleaban por la viña como si estuvieran borrachos. Aunque doña Valentina y sus hijos no hablaran nunca de ello, la próxima partida de Miguel los ensombrecía a los tres.

Por las noches, en la oscuridad repentina del crepúsculo, cenaban juntos en una salita del piso de abajo. Valentina, cansada, se acostaba temprano; Ana y Miguel, cuando se quedaban solos, se miraban en silencio y pronto se oía la voz clara de Valentina llamando a su hija. Ambos subían entonces las escaleras. Don Miguel, tumbado en la cama, contaba el número de semanas que le separaban de su partida y, aunque sufriera por dejar a Ana y a su madre, se percataba con alivio de que la proximidad de ese viaje lo alejaba ya de aquellas dos mujeres.

Ciertos disturbios se habían producido en Calabria. Doña Valentina encarecía a su hijo que no se alejara mucho del pueblo ni de la mansión. Entre los humildes se incubaba el descontento contra los oficiales e intendentes españoles y, sobre todo, algunos monjes se agitaban en sus pobres monasterios colgados en la ladera de la montaña. Los más ilustrados, los que habían estudiado durante unos años en Nola o en Nápoles, recordaban los tiempos en que su país era tierra griega, llena de mármoles, de dioses y de hermosas mujeres desnudas. Los más atrevidos negaban o maldecían a Dios y conspiraban, según se decía, con los piratas turcos que echaban el ancla al fondo de las calas. Se hablaba de extraños sacrilegios, de Cristos pisoteados y de hostias consagradas colocadas entre las partes viriles para aumentar el vigor; una banda de frailes había raptado y encerrado en su convento a una parte de la juventud de un pueblo y la adoctrinaba con la idea de que Jesús había amado carnalmente a la Magdalena y a San Juan. Valentina, con sólo una palabra, atajaba las habladurías que circulaban por casa del intendente o por las cocinas. Miguel pensaba en ellas a menudo, a pesar suyo, mas luego las ahuyentaba de su mente como si se despojara de un sucio insecto, turbado, sin embargo, ante la imagen de aquellos hombres a quienes el deseo llevaba tan lejos como para osarlo todo. Ana aborrecía el mal, pero algunas veces, en el pequeño oratorio, ante la imagen de la Magdalena desfallecida a los pies de Cristo, pensaba que debía ser muy dulce abrazar a quien se ama y que tal vez la Santa ardiera en deseos de ser levantada por Jesús.

Algunos días, haciendo caso omiso de las prohibiciones de doña Valentina, Miguel dejaba la cama al llegar el alba, ensillaba su caballo y se lanzaba a la aventura muy lejos, hacia las tierras bajas. El suelo se extendía, negro y desnudo; búfalos inmóviles, tumbados en el suelo, formaban masas sombrías y semejaban, a lo lejos, bloques de rocas que hubieran resbalado de las montañas; montículos volcánicos sembraban la landa[15] de pequeñas jorobas; soplaba siempre un fuerte viento. Don Miguel, al ver el barro graso que salpicaba al paso de su caballo, frenaba bruscamente a la orilla de una ciénaga.

Una vez, justo antes de ponerse el sol, llegó hasta una columnata erguida ante el mar. Unos fustes estriados yacían en el suelo como gruesos troncos de árboles; otros, en pie, duplicados horizontalmente por su sombra, se destacaban en el cielo rojo; el mar neblinoso y pálido se adivinaba tras ellos. Miguel ató su caballo al fuste de una columna y se puso a caminar por entre las ruinas, cuyo nombre ignoraba. Aún aturdido por el largo galopar a través de las landas, experimentaba esa sensación de ligereza y flojera que en ocasiones se siente en sueños. Sin embargo, la cabeza le dolía. Sabía vagamente que se hallaba en una de aquellas ciudades en donde habían vivido los sabios y los poetas de quienes les hablaba doña Valentina; estas gentes habían vivido sin la angustia del infierno abierto de par en par bajo sus pasos; angustia que incesantemente atormentaba a don Álvaro, tan

[15] *landa:* Llanura extensa donde sólo crece maleza, brezo, etc.

torturado cuando esto ocurría, como los detenidos del Fuerte de San Telmo; no obstante, también esos pueblos antiguos habían tenido sus leyes. Incluso en su época, uniones que tal vez pudieran parecer legítimas a los vástagos de Adán y Eva en el comienzo de los días, fueron severamente castigadas; hubo un cierto Caunos que había escapado de país en país a las proposiciones de la dulce Biblis... ¿Por qué pensaba él en ese Caunos, él, a quien nadie todavía requería de amores? Se perdía por aquel laberinto de piedras derrumbadas. En las escaleras de lo que, con toda probabilidad, había sido un templo vio a una muchacha sentada. Se dirigió hacia ella.

Puede que no fuera más que una niña, pero el viento y el sol le habían surcado la cara. Don Miguel se fijó en sus ojos amarillos, que le produjeron cierta inquietud. Tenía la piel y la cara grises como el polvo, y la falda que llevaba puesta descubría sus piernas hasta la rodilla. Estaba descalza y apoyaba los pies en las losas.

–Hermana –dijo, turbado a pesar suyo por aquel encuentro en la soledad–, ¿cómo se llama este lugar?

–Yo no tengo ningún hermano –dijo la muchacha–. Hay muchos nombres que es mejor no conocer. Este lugar es pernicioso.

–Tú pareces hallarte a gusto en él.

–Estoy entre los míos.

Adelantó los labios dando un breve silbido y con un dedo del pie, como haciendo una señal, apuntó hacia un intersticio entre las piedras. Una estrecha cabeza triangular surgió de la fisura. Don Miguel aplastó la víbora con la bota.

–¡Que Dios me perdone! –exclamó–. ¿Eres acaso bruja?

–Mi padre era domador de reptiles –dijo la muchacha–. Para serviros. Y ganaba mucho. Que las víboras, mi señor, se arrastran por todas partes, sin contar con las que llevamos en el corazón...

Sólo entonces creyó percibir Miguel que el silencio estaba lleno de estremecimientos, de roces, de murmullos de agua. Toda suerte de bichos venenosos reptaban por la hierba. Corrían las hormigas, y las arañas tejían su tela entre dos fustes. E innumerables ojos amarillos como los de la muchacha sembraban la tierra de estrellas.

Don Miguel quiso dar un paso atrás y no se atrevió.

–Marchaos, mi señor –dijo la muchacha–, y acordaos de que no sólo aquí existen serpientes...

Don Miguel regresó ya tarde a la mansión de Acropoli. Quiso enterarse por el granjero del nombre de la ciudad en ruinas; el hombre ignoraba su existencia. En cambio, Miguel supo que al llegar la noche, doña Ana, que estaba escogiendo unas frutas, había visto una víbora entre la paja. Se había puesto a gritar: la criada, que acudió al oírla, había matado a la serpiente de una pedrada.

Aquella noche Miguel tuvo una pesadilla. Se hallaba acostado, con los ojos abiertos. Un enorme escorpión salía de la pared, y luego otro, y otro más; trepaban por el colchón y los dibujos entrelazados que orlaban su colcha se transformaban en nidos de víboras. Los pies morenos de la muchacha reposaban encima tranquilamente, como si de un lecho de hierbas secas se tratara. Los pies avan-

zaban danzando; Miguel los sentía andar sobre su corazón; a cada paso que daban se iban haciendo más blancos; ahora tocaban su almohada. Miguel, al inclinarse para besarlos, reconoció los pies de Ana, desnudos en sus zapatillas de raso negro.

Poco antes de maitines abrió la ventana y se acodó en ella para respirar. Un vientecillo fresco, que soplaba del golfo, helaba el sudor. Las ventanas de Ana estaban abiertas; don Miguel se obstinaba en mirar a otro lado, hacia un rebaño de cabras que llevaban a pacer a lo largo del muro; las contaba con maniática terquedad; se hizo un lío y acabó por volver la cabeza. Doña Ana estaba arrodillada en su reclinatorio. Miguel, al empinarse, creyó ver, entre el camisón y el raso de la zapatilla, la palidez dorada de un pie descalzo. Ana le saludó con una sonrisa.

Pasó a la galería para lavarse. El frío del agua, al despertarle del todo, le serenó.

Tuvo otros sueños. Por la mañana, al despertarse, no conseguía distinguirlos muy bien de la realidad. Hacía por cansarse, con la esperanza de poder dormir mejor.

A menudo, en la soledad, se orientaba hacia las ruinas. Pero en cuanto llegaba a ver las columnas, retrocedía. No obstante, en algunas ocasiones, arrastrado a pesar suyo o avergonzado de sí mismo, se adentraba en ellas. Las lagartijas se perseguían por entre la hierba. Jamás volvió a ver don Miguel ninguna víbora y la muchacha había desaparecido.

Se informó sobre ella. Todos los campesinos la conocían. Su padre, nativo de Lucera, era de raza

sarracena; la hija había heredado su don; iba de pueblo en pueblo, bien recibida en las granjas, a las que limpiaba de alimañas. El temor al maleficio y tal vez, sin saberlo él mismo, el instinto de una raza cruzada con sangre mora, le impidieron hacer ningún daño a la muchacha.

Se confesaba todos los sábados con un ermitaño de la vecindad, hombre piadoso y de buena fama. Pero no se confiesan los sueños. Como su conciencia no estaba tranquila, le sorprendía no tener que reprocharse falta alguna. Atribuía su nerviosismo a su próximo viaje a España. No obstante, apenas hacía ya preparativos para el mismo.

Al volver de un largo paseo, un día de mucho calor, bajó del caballo y se arrodilló para beber de un manantial. Un hilillo de agua saltaba del venero, a unos pasos del camino; algunas hierbas altas crecían por allí como podían, en torno a aquel frescor. Don Miguel se tendió en el suelo para beber mejor, como un animal. Percibió un roce entre los matorrales; se sobresaltó al ver aparecer a la muchacha sarracena.

–¡Ah! ¡Falsa serpiente!

–Desconfiad, mi señor –dijo la poseedora de hechizos–. El agua repta, se retuerce, se estremece y espejea, y su veneno os hiela el corazón.

–Tengo sed –replicó don Miguel.

Estaba aún lo bastante cerca del círculo que formaba el manantial para percibir en el agua, débilmente agitada, el reflejo de aquel rostro alargado, de ojos amarillos. La voz de la muchacha se había hecho sibilante.

–Mi señor –creyó oír él–, vuestra hermana os espera cerca de aquí con una copa llena de agua pura. Beberéis juntos.

Don Miguel, vacilante, volvió a montar a caballo. La muchacha había desaparecido y lo que él había tomado por una presencia y unas palabras no eran sino fantasmas. Probablemente tuviera fiebre. Mas puede que la fiebre permita ver y oír lo que de otro modo ni se ve ni se oye.

La cena fue taciturna. Don Miguel, con los ojos bajos puestos en el mantel, creía sentir la mirada de Valentina posada sobre él. Como de costumbre, ella sólo se alimentaba de frutas, verduras y hierbas, pero aquella noche parecía incapaz de llevarse los alimentos a los labios. Ana ni hablaba ni comía.

Don Miguel, a quien asustaba la idea de encerrarse en su cuarto, propuso salir a la explanada a respirar un poco.

El viento había amainado al bajar la luz. El calor cuarteaba la tierra del jardín; los pequeños charcos relucientes de las ciénagas se iban apagando uno a uno; no se vislumbraban las luces de ningún pueblo; sobre el negro denso de las montañas y del llano se abovedaba la oscuridad límpida del cielo. El cielo, el cielo de diamante y de cristal, giraba lentamente en torno al polo. Los tres, con la cabeza echada hacia atrás, lo contemplaban. Don Miguel se preguntaba qué nefasto planeta se alzaría para él en su signo, que era el de Capricornio. Ana seguramente pensaba en Dios. Valentina quizá imaginara las esferas musicales de Pitágoras.

Dijo ella entonces:

–Esta noche, la tierra recuerda...

Su voz era clara como una campanilla de plata. Don Miguel dudaba si no valdría más comunicar sus angustias a su madre. Al tratar de hallar las palabras se dio cuenta de que no tenía nada que confesarle.

Además, Ana estaba allí presente.

–Regresemos –dijo bajito doña Valentina.

Al volver, Ana y Miguel caminaban delante; Ana se acercó a su hermano y él se apartó; parecía como si temiera comunicarle su propio mal.

Doña Valentina tuvo que pararse varias veces para apoyarse en el brazo de su hija. Tiritaba bajo el manto.

Subió lentamente la escalera. Una vez en el rellano del primer piso, recordó que había olvidado fuera, en un banco, un pañuelo de encaje de Venecia. Don Miguel bajó a buscarlo, y cuando volvió, doña Valentina y su hija estaban ya en sus aposentos; mandó a una doncella que les entregara el pañuelo y se retiró sin haber besado, como de costumbre, la mano de su madre y la de su hermana.

Don Miguel se acodó en la mesa, sin preocuparse siquiera de quitarse el jubón, y pasó toda la noche tratando de ordenar sus pensamientos. Sus ideas daban vueltas alrededor de un punto fijo, lo mismo que las falenas[16] en torno a la luz; no conseguía fijar sus pensamientos; lo más importante se le escapaba. Ya tarde en la noche se adormeció, aunque no del todo. Estaba justo lo bastante despierto para darse cuenta de que dormía. Pudiera ser que

[16] *falena:* Cierta mariposa nocturna.

aquella muchacha le hubiera embrujado. Y no le gustaba. Ana, por ejemplo, era mucho más blanca.

Apuntaba el alba cuando llamaron a la puerta. Sólo entonces se dio cuenta de que ya era de día.

Era Ana, también por completo vestida. Él pensó que se había levantado muy temprano. Aquel rostro asustado se parecía tanto al suyo, que creyó ver su propio reflejo en un espejo.

Su hermana le dijo:

–Nuestra madre ha cogido las fiebres... Está muy decaída.

Dejándose conducir por ella, entró en el cuarto de doña Valentina.

Las contraventanas de la habitación estaban cerradas. Al fondo de la cama grande, Miguel distinguió apenas a su madre; se movía lentamente, más aletargada que dormida. Su cuerpo, caliente al tacto, temblaba como si el viento de las marismas no hubiera cesado de soplar sobre ella. La mujer que había estado velando a doña Valentina los llevó hacia un rincón.

–La señora está enferma desde hace mucho tiempo –les dijo–. Ayer le cogió tal debilidad que creímos que se moría. Está mejor, aunque demasiado tranquila, y eso es mala señal.

Como era domingo, Miguel y su hermana oyeron misa en la capilla de la mansión. El cura de Acropoli, hombre tosco y algo dado al vino, oficiaba para ellos. Don Miguel, que se arrepentía de haber propuesto el paseo por la explanada del día anterior, con el relente mortal de la noche, buscaba ya en el rostro de Ana la palidez plomiza de la fiebre. Unos cuantos criados asistían también a la misa. Ana rezaba con fervor.

Ambos comulgaron. Los labios de Ana se adelantaron para recibir la hostia consagrada y Miguel pensó que aquel movimiento les daba la forma de un beso; rechazó la idea inmediatamente, como si fuera un sacrilegio.

Cuando regresaban, Ana le dijo:

–Habría que ir a buscar un médico.

Unos minutos más tarde galopaba hacia Salerno.

El aire fresco y la velocidad borraron las huellas de su noche de insomnio. Galopaba contra el viento. Era como esa embriaguez que produce la lucha contra un adversario que retrocede, sin dejar por ello de resistir. La borrasca echaba tras él los temores, como si fueran pliegues de un largo manto. Los delirios y escalofríos del día anterior habían cesado, derrotados por un arrebato de juventud y de fuerza. La fiebre de doña Valentina podía no ser más que una crisis pasajera. Por la noche volvería a ver el hermoso rostro sosegado de su madre.

Al llegar a Salerno puso el caballo al paso. Renacieron sus angustias. Quizá la fiebre fuera como un maleficio del que uno puede librarse pasándoselo a otra persona, y él, aun sin saberlo, podía habérselo contagiado a su madre.

Le costó mucho encontrar la vivienda del médico. Por fin, ya cerca del puerto, en un callejón sin salida, le señalaron una casa de pobre apariencia; una de las contraventanas, mal enganchada, daba golpes. Cuando él llamó con el aldabón, una mujer despechugada apareció gesticulando; preguntó al caballero qué deseaba; tuvo que explicarlo detalladamente y a gritos, para que le oyeran; varias

otras mujeres empezaron a compadecerse ruidosamente de la desconocida enferma. Don Miguel acabó por sacar en claro que Micer[17] Francesco Cicinno estaba en la misa mayor.

Ofrecieron al joven gentilhombre un taburete en la calle. La misa mayor había terminado ya; Micer Francesco Cininno caminaba a pasitos cortos, enfundado en su toga doctoral, eligiendo con cuidado las mejores piedras del pavimento para no tropezar. Era un viejecito tan pulcro que conservaba el aspecto nuevo e insignificante de los objetos que nunca se utilizaron. Cuando don Miguel le dijo su nombre, se deshizo en cortesías. Tras muchos titubeos consintió en montar a la grupa del caballo. No obstante, pidió que primero le permitieran comer algo; la sirvienta le trajo a la puerta un pedazo de pan untado en aceite; empleó mucho tiempo en limpiarse los dedos.

El mediodía les cogió en plena marisma. Hacía mucho calor para estar a finales de septiembre. El sol, que caía a plomo, aturdía a don Miguel; Micer Francesco Cicinno también se hallaba incómodo.

Un poco más lejos, cerca de una desmedrada pineda que bordeaba el camino, el caballo de don Miguel dio una espantada al ver una víbora. Don Miguel creyó oír una carcajada, mas todo estaba desierto a su alrededor.

–Vuestro caballo es muy espantadizo, señor –dijo el médico, a quien pesaba el silencio. Y aña-

[17] *Micer:* En el antiguo reino de Aragón, tratamiento equivalente a *señor.*

dió, gritando un poco para que le oyera el caballero–: El caldo de víbora no es medicina que deba despreciarse...

Las mujeres estaban esperando al médico con impaciencia. Pero Micer Francesco Cicinno era tan modesto que nadie advertía su presencia. Dio muchas explicaciones sobre lo seco y lo húmedo y propuso sangrar a doña Valentina.

Salió muy poca sangre del pinchazo. Doña Valentina sufrió un desmayo aún peor que el primero y del que a duras penas consiguieron reanimarla. Como Ana preguntase a Micer Francesco Cicinno qué otra cosa podían intentar, el mediquillo hizo un ademán de desaliento:

–Esto se acaba –susurró.

Con la agudeza de oído de los moribundos, doña Valentina volvió su hermoso rostro hacia Ana, sonriendo aún. Las criadas creyeron oírla murmurar:

–Nada se acaba.

La vida se alejaba de ella a ojos vistas. En la cama grande, coronada de un baldaquino, su delgado cuerpo se alargaba, moldeado por la sábana, como el de una estatua yacente en su lecho de piedra. El mediquillo, sentado en un rincón, parecía tener miedo de entorpecer a la muerte. Hubo que mandar callar a las criadas, que proponían curas maravillosas; una de ellas hablaba de humedecer la frente de la enferma con sangre de una liebre despedazada viva. Miguel suplicó repetidas veces a su hermana que se fuera de la habitación.

Ana ponía muchas esperanzas en la extremaunción; doña Valentina la recibió sin emoción

alguna. Pidió que acompañaran hasta su casa al cura, que se deshacía en ruidosas homilías. Cuando hubo salido, Ana se arrodilló al pie de la cama llorando.

–Nos abandonáis, señora madre.

–He visto pasar treinta y nueve inviernos –murmuró imperceptiblemente doña Valentina– y treinta y nueve veranos. Ya es suficiente.

–Pero nosotros somos aún tan jóvenes –dijo Ana–. No veréis instruirse a Miguel; y a mí no me veréis...

Iba a decir que su madre no la vería casada, mas la idea la horrorizó de repente. Tuvo que interrumpirse.

–Ambos estáis ya tan lejos de mí... –dijo en voz baja doña Valentina.

Creyeron que estaba delirando. No obstante, todavía los reconocía, ya que tendió su mano a don Miguel, también arrodillado, para que la besara. Les dijo.

–Pase lo que pase, no lleguéis nunca a odiaros.

–Nos amamos –dijo Ana.

Doña Valentina cerró los ojos. Luego, muy dulcemente, añadió:

–Eso ya lo sé.

Parecía estar más allá del sufrimiento, del temor o de la incertidumbre. Siguió diciendo, sin que pudiera saberse si hablaba del porvenir de sus hijos o de sí misma:

–No os inquietéis. Todo está bien.

Después calló. Su muerte sin agonía fue asimismo casi sin palabras; la vida de Valentina no había sido más que un largo deslizarse hacia el silencio; se abandonaba sin luchar. Cuando sus hijos

comprendieron que había muerto, ningún asombro vino a mezclarse con su tristeza. Doña Valentina era de esas personas que uno se extraña de ver existir.

Decidieron trasladarla a Nápoles. Don Miguel tuvo que ocuparse de la caja mortuoria.

El velatorio se celebró en la gran sala destartalada, tras haber sacado de allí los productos de la granja, quedando amueblada tan sólo con unas cuantas arcas de tablas desvencijadas. El tiempo y los insectos habían hecho su labor en el cordobán de las colgaduras. Doña Valentina yacía entre cuatro candelabros, ataviada con su largo vestido de terciopelo blanco; su sonrisa, entre desdeñosa y tierna, subsistía aún en sus labios, y su rostro de anchos párpados, profundamente tallados, recordaba al de las estatuas que en ocasiones se exhuman al excavar la tierra de la Magna Grecia, entre Crotona y Metaponte.

Don Miguel pensaba en los presagios que le asaltaban desde hacía varias semanas. Recordó que la madre de doña Valentina, descendiente por línea materna de los Lusignan de Chipre, consideraba la súbita aparición de una serpiente como un augurio de muerte. Esto le tranquilizó vagamente. Aquella desgracia que justificaba sus presentimientos le devolvía la calma.

El viento, precipitándose por las grandes ventanas abiertas, hacía temblar la llama de las lámparas. Hacia el este, las montañas de la Basilicata ensombrecían aún más la noche. Indicios de matojos permitían adivinar el curso de los torrentes secos. Las mujeres vociferaban fúnebres plañidos en el hablar de Nápoles o en su dialecto de Calabria.

Una impresión de infinita soledad envolvió a los dos hijos de Valentina. Ana le hizo jurar a su hermano que jamás la abandonaría. De vuelta a su habitación para preparar la marcha, éste recordó que, felizmente, al llegar la Navidad, embarcaría para España.

El retorno, infinitamente más lento que la ida, duró cerca de una semana. Ana y Miguel se habían sentado uno al lado del otro, enfrente del ataúd de su madre, colocado al fondo de la pesada carroza que los había traído de Nápoles. Los criados los seguían en unos coches forrados de negro. Marchaban al paso; unos cuantos penitentes daban escolta a la carroza y recitaban letanías, con cirios en las manos.

Se relevaban a cada etapa. Por la noche, a falta de un convento, Ana y sus doncellas se acomodaban como podían en cualquier miserable albergue. Cuando el pueblo no poseía iglesia, el féretro de Valentina permanecía en la plaza; un velatorio fúnebre se improvisaba a su alrededor. Don Miguel, que se acostaba lo menos posible, pasaba la mayor parte de la noche rezando.

El calor, que seguía siendo excesivo, iba acompañado de una perpetua polvareda. Ana aparecía grisácea. Sus negros bandós[18] se hallaban cubiertos por una espesa capa blanca; ya no se le veían ni las cejas ni las pestañas. El rostro de ambos hermanos tomaba las tonalidades de la arcilla seca. Les ardía la garganta. Miguel, por miedo a las fiebres, se oponía a que Ana bebiera el agua de las cisternas. Afue-

[18] *bandó:* Del francés *bandeau*, cinta para adornar o recoger el pelo.

ra, la cera se derretía entre las manos de los penitentes. El acoso de las moscas sucedía por el día al nerviosismo nocturno causado por insectos y mosquitos. Para descansar los ojos de la reverberación del camino y del temblor de las velas, Ana mandaba cerrar las cortinas del coche; don Miguel protestaba violentamente, afirmando que allí se ahogaban.

Se veían asaltados sin cesar por mendigos que gimoteaban oraciones. Chiquillos vociferantes se agarraban a los ejes del carruaje, corriendo el riesgo, cada vez que la rueda daba una vuelta, de ser arrollados por ella y de morir aplastados. Don Miguel les arrojaba de cuando en cuando una moneda, con la vana esperanza de quitarse de encima a toda aquella chiquillería. A mediodía, el campo estaba casi siempre vacío; avanzaban como en un espejismo. Por la tarde, los desharrapados campesinos traían, ya que no flores, grandes brazadas de hierbas aromáticas. Las amontonaban como podían encima del féretro.

Doña Ana no lloraba, pues sabía cuánto importunaban las lágrimas a su hermano.

Éste se mantenía hundido en un rincón, lo más lejos posible de ella, con objeto de dejarle más sitio. Ana se tapaba la boca con un pañuelito de encaje. El lento movimiento del coche y la letanía de los portadores de cirios los sumergían en una especie de somnolencia alucinada. En los peores baches del camino, los tumbos que daba el coche los arrojaban el uno contra el otro. A veces tenían miedo de que la caja, confeccionada a toda prisa por el carpintero de Acropoli, cayera y se rajara. Muy

pronto, pese a los dobles listones, un olor desvaído se mezcló al perfume de las hierbas secas. Las moscas se multiplicaron. Todas las mañanas, ambos hermanos se empapaban de aguas perfumadas.

Al cuarto día, a mediodía, Ana se desmayó.

Mandó llamar don Miguel a una de las doncellas de su hermana. La muchacha tardaba en llegar y Ana estaba como muerta; desabrochó su corpiño; buscaba con inquietud el lugar del corazón; notó que volvían las pulsaciones bajo sus dedos.

La doncella de Ana acabó por traer el vinagre aromatizado. Se arrodilló ante su ama para humedecerle el rostro. Al volverse para coger un frasco, se levantó bruscamente al ver a don Miguel.

–¿Mi señor se encuentra mal?

Se mantenía en pie, apoyado en la puertecilla del coche, con las manos temblorosas y más lívido que su hermana. No podía hablar. Hizo una seña para decir que no.

Como había sitio para tres personas en la parte delantera de la carroza, Miguel pretextó que Ana podía desmayarse de nuevo y dio orden a la muchacha para que se instalara a su lado.

El viaje duró dos días más. El calor y el polvo persistían; de cuando en cuando la doncella limpiaba la cara de Ana con un paño húmedo. Don Miguel se frotaba continuamente las manos una contra otra, como si quisiera borrar algo.

Entraron en Nápoles al caer el crepúsculo. El pueblo se arrodillaba al paso del féretro de Valentina: todos la querían. Algunas murmuraciones hostiles al gobernador del Fuerte de San Telmo se mezclaban con las exclamaciones compasivas: los

enemigos del régimen acusaban a don Álvaro de haber enviado a su mujer a morir de fiebre en aquellas tierras malsanas.

Los funerales se celebraron solemnemente dos días después, en la iglesia española de Santo Domingo. Ambos hermanos asistieron a ellos uno al lado del otro. Al volver, don Miguel rogó a su padre que le concediera una entrevista.

El marqués de la Cerna le recibió en su gabinete, ante una mesa cubierta de denuncias de soplones y listas de prisioneros políticos o de sospechosos vigilados por orden del virrey. La principal función de don Álvaro consistía en reprimir los motines y, en caso necesario, suscitar alguno para mejor cazar en sus redes a los agitadores. Sus vestiduras negras no eran sólo por Valentina: desde la muerte del hijo habido años atrás de una primera esposa, aquel hombre, fiel a su manera, iba siempre vestido de luto.

No inquirió ningún detalle sobre la muerte de doña Valentina. Miguel, alegando que Nápoles le parecía muy triste sin su madre, le preguntó si no era posible adelantar su viaje a España.

Don Álvaro, que continuaba leyendo el correo recién llegado de Madrid, respondió sin levantar la cabeza:

–No me parece oportuno, señor. –Y como don Miguel permanecía mudo, mordiéndose los labios, añadió para despedirlo–: Me hablaréis de ello en otra ocasión.

No obstante, una vez en su habitación, Miguel emprendió algunos preparativos para dicho viaje. Ana, por su lado, ordenaba los objetos que

habían pertenecido a su madre. Le parecía que el amor filial de Miguel era más fuerte que la amistad fraterna; apenas se veían; su intimidad parecía haber muerto con doña Valentina. Sólo entonces comprendió ella el cambio que esta desaparición producía en su vida.

Una mañana, al volver de misa, Miguel tropezó con Ana en la escalera. Estaba muy triste y le dijo:

–Hace más de una semana que no os veo, hermano.

Le tendió las manos. La orgullosa Ana se humillaba hasta el punto de decir:

–¡Ay, hermano! Y estoy tan sola...

Sintió compasión por ella y se avergonzó de sí mismo. Se reprochaba no amarla lo bastante.

Reanudaron su vida de antes.

Llegaba él por las tardes, a la hora en que el sol invadía la estancia; se instalaba frente a ella. Ana solía estar cosiendo, pero casi todo el rato la labor reposaba en sus rodillas, entre sus manos indolentes. Ambos hermanos permanecían silenciosos; por la puerta entreabierta podía oírse el zumbido tranquilizador de la rueca que manejaban las criadas.

No sabían en qué ocupar sus horas. Emprendieron nuevas lecturas, pero Séneca y Platón perdían mucho al no ser modulados por la tierna boca de Valentina ni comentados por su sonrisa. Miguel hojeaba con impaciencia los volúmenes, leía unas cuantas líneas y pasaba a otros, que abandonaba con la misma premura. Un día encontró sobre la mesa una Biblia latina, que uno de sus parientes napolitanos, convertido a la fe evangélica, le había dejado a Valen-

tina antes de pasarse a Basilea o a Inglaterra. Don Miguel, después de abrir el libro por diversos sitios, como quien echa a suertes, leyó de aquí y de allá unos versículos. Bruscamente se interrumpió y dejó descuidadamente el libro. Al marcharse se lo llevó.

Estaba impaciente por encerrarse en su habitación y volverlo a abrir por la página que había señalado; cuando acabó su lectura, volvió a empezar. Era el pasaje del libro de los *Reyes*, en donde se habla de la violencia que Amnón[19] hizo a su hermana Tamar. Se le apareció una posibilidad que jamás había osado mirar de frente. Le dio horror. Tiró la Biblia al fondo de un cajón. Doña Ana, que ponía gran empeño en ordenar los libros de su madre, se la pidió varias veces. Siempre se olvidaba él de devolvérsela. Ana acabó por no pensar más en ello.

En ocasiones, Ana entraba en su habitación durante su ausencia. Él temblaba ante la idea de que pudiera abrir el libro por aquella página y, cuando iba a salir, lo escondía cuidadosamente.

Le leyó a los místicos: Luis de León, el hermano Juan de la Cruz, la piadosa madre Teresa. Pero aquellos suspiros mezclados con sollozos los dejaban agotados. El vocabulario ardiente y vago del amor de Dios conmovía más a Ana que el de los poetas del amor terrestre, aunque en el fondo era casi idéntico. Las efusiones emanadas, no hacía mucho, de los santos personajes a quienes ella no conocería nunca, por hallarse encerrados tras los muros de sus conventos, allá en España, se conver-

[19] *Amnón:* Primogénito del rey David y hermano de Abasalón, quien lo mandó matar por haber violado a la hermana de ambos, Tamar.

tían en un mosto que la embriagaba. Con la cabeza un poco echada hacia atrás y los labios entreabiertos le recordaba a Miguel el muelle abandono de las santas en éxtasis, que los pintores representaban casi voluptuosamente penetradas por Dios. Ana sentía la mirada de su hermano sobre ella; confusa, sin saber por qué, se incorporaba en su asiento; la entrada de una sirvienta los hacía cambiar de color como si fueran cómplices.

Miguel se volvía duro con ella. Le dirigía incesantes reproches sobre su inactividad, su manera de comportarse, sus atavíos. Ella lo escuchaba sin quejarse. Como a él le horrorizaban los grandes escotes que solían llevar las patricias, Ana, por complacerlo, se ahogaba con sus camisolines de cuello alto. Él vituperaba con aspereza sus efusiones de lenguaje y ella acabó por imitar la adusta reserva de Miguel. Entonces éste, temiéndose que hubiera adivinado algo, la observaba a escondidas; ella se sentía espiada y los más insignificantes incidentes eran motivo de querella. Había dejado de tratarla como a una hermana. Ana se dio cuenta y lloraba por las noches, preguntándose en qué había podido ofenderle.

Iban juntos a menudo a la iglesia de los Dominicos. Para ello había que atravesar todo Nápoles; el carruaje, impregnado de recuerdos del viaje fúnebre, le era odioso a Miguel; insistía para que su hermana llevara consigo a su doncella Inesina. Ana empezó a sospechar que se hubiera enamorado de ésta. No podía soportar una relación semejante; el descaro de aquella muchacha siempre le había desagradado y, con un pretexto cualquiera, acabó por despedirla.

Corría la primera semana de diciembre; don Miguel mandó subir sus baúles e incluso contrató a un escudero para el viaje. Contaba los días, tratando de alegrarse de que pasaran tan velozmente, aunque en el fondo se sentía más abrumado que aliviado. Solo en su habitación, se esforzaba por grabar en su memoria los menores rasgos del rostro de Ana, como los recordaría seguramente cuando estuviera lejos de ella, en Madrid. Cuanto más lo intentaba, menos la veía, y la imposibilidad de recordar exactamente el pliegue de los labios, la forma particular de un párpado o el lunar en el dorso de una de sus manos pálidas lo atormentaba de antemano. Entonces, con una resolución repentina, penetraba en el cuarto de Ana y la contemplaba con silenciosa avidez. Un día, ella le dijo:

–Hermano, si este viaje os aflige, nuestro padre no os obligará a hacerlo.

Él no contestó nada. Pensó ella que estaba contento de poder marcharse y, pese a que ese sentimiento fuera prueba de escaso amor, Ana no se sintió dolorida: ahora sabía que ninguna otra mujer retenía a don Miguel en Nápoles.

Al día siguiente, a las diez, don Álvaro lo mandó llamar.

Miguel no ponía en duda que se tratara de alguna recomendación concerniente al viaje. El marqués de la Cerna le pidió que se sentara y, tomando una carta abierta de encima de la mesa, se la tendió.

Venía de Madrid. Un agente secreto del gobernador narraba en ella, en términos prudentemente disfrazados, la brusca desgracia del duque de Medina. Era éste el pariente a cuya casa debía ir

Miguel de paje, allá en Castilla. Miguel leyó lentamente las hojas y devolvió la carta en silencio. Su padre le dijo:

–Ya habéis regresado de España.

Don Miguel parecía hasta tal punto trastornado que el marqués no pudo por menos de añadir:

–No os creía yo tan impaciente por dar libre curso a vuestra ambición.

Y le prometió vagamente, con una condescendencia cortés, que ya se le ocurriría cualquier otra idea para compensarlo, proporcionándole en Nápoles una colocación tan digna como aquella de su cuna y rango. Y añadió:

–El cariño a vuestra hermana debería haceros preferible no abandonar ahora Nápoles.

Don Miguel levantó los ojos hacia su padre. El rostro del gentilhombre era tan impenetrable como siempre. Un criado, con un turbante a la usanza turca de los «itchoglân», trajo al gobernador el vino que solía tomar por las noches. Don Miguel se retiró.

Una vez fuera, sintió un feliz aturdimiento. Se repetía continuamente: «Dios no ha querido.»

Y como si el involuntario cambio de su fortuna, al descargarlo de toda responsabilidad, lo justificase de antemano, experimentaba, junto con una especie de embriaguez, una súbita facilidad para precipitarse por la pendiente. Corrió a los aposentos de Ana, que a aquellas horas estaría seguramente sola. Él mismo le anunciaría que se quedaba en Nápoles. Se pondría muy contenta.

El pasillo y la antesala de Ana se hallaban sumidos en la oscuridad. Un débil rayo de luz pasaba

por debajo de la puerta. Al acercarse, Miguel oyó la voz de Ana, que estaba rezando.

Inmediatamente se la imaginó más blanca que su propio camisón y ocupada por completo de Dios. En la inmensa fortaleza dormida, el único ruido que se percibía era aquella voz monótona y baja. Las palabras latinas se desgranaban en el silencio como las gotas de un aguacero frío y calmante. Don Miguel, insensiblemente, juntó las manos y se unió a la plegaria.

Ana calló; se apagó el rayo de luz; seguramente se había acostado ya. Don Miguel se fue alejando de la puerta poco a poco. Se le ocurrió entonces que alguno de los criados podía tropezar con él en la antesala o en el rellano de la escalera. Volvió a sus habitaciones.

Un furioso anhelo de distracciones se apoderó de él. Don Ambrosio Caraffa, su padrino, acababa de enviarle dos caballos berberiscos por su decimonoveno aniversario. No se cansaba de hacerlos correr. Dejó su habitación, situada en el mismo piso que la de doña Ana y en la misma ala de la fortaleza, y se instaló en otra, en el extremo opuesto del castillo, no lejos de las caballerizas particulares del gobernador.

Su padre le creía ocupado en lamentar la pérdida de sus ambiciones en España. Ana, que tomó la separación como un ultraje, pensó que él sospechaba alguna intervención suya en el aplazamiento de su marcha. No osaba justificarse con claridad; su orgullo le impedía quejarse, mas su pena era harto visible y don Miguel, en las pocas ocasiones en que tropezaba con ella en la sala grande o en los pasi-

llos del Fuerte de San Telmo, preguntaba desabridamente por qué razón afectaba tanta tristeza.

Miguel se esforzaba por alternar en la corte del virrey. Tenía en ella pocos amigos. La intransigencia española del gobernador empezaba a levantar contra éste a la nobleza de la península. Miguel vagaba solo por entre aquel bullicio y las opulentas bellezas napolitanas, cubiertas de afeites y de joyas, con grandes escotes bajo el esplendor de las arañas de cristal, le irritaban con su lascivia revestida de petrarquismo. Ana se veía a veces obligada a comparecer en aquellas fiestas. Él la veía desde lejos, toda vestida de negro, con las caderas monstruosamente ensanchadas por el guardainfante[20]: la gente los separaba; un aburrimiento cada vez más hondo se desprendía de los techos con molduras y el resto de los vivos no eran para él más que opacos fantasmas. Por las mañanas, en el umbral de alguna inmunda taberna del puerto, don Miguel, enfermo, tiritaba de frío, muerto de cansancio, tan apagado como el cielo cuando se aproxima el alba.

Más de una vez, en el pasillo de algún burdel, había tropezado con don Álvaro. Ni uno ni otro quisieron reconocerse; además, don Álvaro llevaba siempre puesta una máscara, según la costumbre en esa clase de antros. No obstante, cuando al día siguiente Miguel se cruzaba con su padre bajo la poterna[21] del Fuerte de San Telmo, creía descifrar, en aquel rostro herméticamente cerrado, el sarcasmo de una sonrisa.

[20] *guardainfante:* Armazón de alambres y cintas que se ponían antiguamente las mujeres debajo de la falda, para ahuecarla.

[21] *poterna:* Puerta pequeña de una fortaleza, especialmente la que da al foso.

Probó con las cortesanas. Pero la más joven le pareció tan vieja como los pecados de Herodes, y permanecía acodado en una mesa, perdido en sus pensamientos -siempre los mismos-, e invitando a beber a los amigos de paso, mientras las mujeres de la taberna se recostaban en su hombro.

Una noche, en un tugurio de la calle Toledo, sentado con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, contemplaba bailar a una muchacha. No era hermosa; su rostro era desabrido y en las comisuras de los labios tenía ese pliege amargo de los que sirven al placer de los demás. Tal vez no tuviera más de veinte años, mas no podía verse aquella carne miserable sin pensar en los innumerables abrazos que ya la habían ajado. Un cliente, que la estaba esperando arriba, se impacientaba quizá. La dueña del burdel se inclinó en la balaustrada del piso y le gritó:

-Ana, ¿subes o qué?

Ebrio de repugnancia, Miguel se levantó y se fue.

Inmediatamente creyó percibir que alguien le seguía. Se metió por una travesía. No era la primera vez que experimentaba la sensación de llevar a un espía tras sus talones. Apresuró el paso. La subida al Fuerte de San Telmo era bastante dura y muy larga. Al llegar, vio que, como siempre cuando volvía de madrugada, las contraventanas de Ana estaban entreabiertas. Una vez en la explanada se dio la vuelta y vislumbró, subiendo las cuestas de Vomero, a su propio escudero, Meneguino d'Aia.

Aquel hombre, antes de entrar a su servicio, había pertenecido durante mucho tiempo a don

Ambrosio Caraffa, que tenía en él puesta su confianza. Pertenecía a una buena familia y, según decían, había conocido tiempos mejores. Su aire de franqueza había agradado desde un principio a su nuevo amo; no obstante, desde hacía unas semanas, Miguel se sentía espiado por aquel criado demasiado perfecto. Sorprendió por los pasillos del castillo misteriosos conciliábulos entre Meneguino d'Aia y las doncellas de su hermana. Finalmente, en dos o tres ocasiones, lo había visto entrar en los aposentos de doña Ana, conducido por una sirvienta. Sus luchas interiores, que fatigaban su espíritu, lo dejaban indefenso ante unas sospechas que él mismo juzgaba viles. Sus relaciones con la corte y con las tabernas le habían enseñado a temer los peligrosos caprichos de las mujeres.

Pensó en ponerse a escuchar detrás de las puertas. Su orgullo se irritó ante tal bajeza.

Ana, por ser época de Carnavales, multiplicaba las oraciones. Estaba al corriente por Meneguino d'Aia de las andanzas, hechos y milagros de don Miguel; aquellos banales pecados le parecían aún más execrables desde que sabía que los cometía su hermano. Lo que ella iba imaginando la desesperaba y la turbaba al mismo tiempo. Postergaba día tras día el momento de hablarle.

Una mañana, cuando Miguel se disponía a ir a misa, la vio entrar en su habitación. Se detuvo ella, muy desconcertada, al ver que no estaba solo. Meneguino d'Aia se hallaba al lado de la ventana, tratando de arreglar un arnés. Miguel le dijo a Ana, mostrándole a aquel hombre:

–Aquí tenéis al que estáis buscando.

Doña Ana se puso pálida; el silencio de ambos se hubiera prolongado durante largo tiempo a no ser por el sirviente de don Ambrosio Caraffa, que dio un paso adelante:

–Mi señor –dijo–, he hecho mal en ocultaros algo. Doña Ana, muy inquieta por vuestra conducta, me rogó que velara por vos. Es vuestra hermana mayor y no creo que debáis enfadaros con ella por su gran ternura.

El rostro de Miguel cambió súbitamente de expresión y pareció iluminarse. Sin embargo, su cólera parecía ir en aumento y exclamó:

–¡Perfecto!

Y volviéndose hacia su hermana:

–¡De modo que os ganasteis la confianza de este hombre para espiarme! Por las mañanas, cuando yo regresaba, me estabais esperando igual que una amante a quien se abandona. ¿Tenéis acaso derecho a ello? ¿Estoy yo bajo vuestra custodia? ¿Soy vuestro hijo o vuestro amante?

Ana, con la cabeza escondida en el respaldo de un sillón, sollozaba. Viendo sus lágrimas, don Miguel pareció aplacarse. Dijo a Meneguino d'Aia:

–Acompañadla a sus habitaciones.

Cuando se quedó solo, se sentó en el sillón que ella acababa de abandonar.

Estaba loco de alegría y se repetía: «Está celosa.»

Levantándose, se acodó ante el espejo hasta que sus ojos, cansados de contemplar la propia imagen, no le presentaron más que una neblina. Cuando Meneguino d'Aia regresó, don Miguel le entregó su salario y lo despidió sin decir una palabra.

La ventana de su cuarto daba a los contrafuertes. Al asomarse a ella, se dominaba un antiguo camino de ronda que ya no se usaba y al que sólo el gobernador tenía acceso. La escalera del baluarte arrancaba de un poco más lejos; don Álvaro, según decían, llevaba de cuando en cuando mujeres perdidas a esas celdas abandonadas. Por la noche, a veces, se oía la risa sofocada de las alcahuetas y las rameras. Subían por la escalera y sus rostros maquillados se aparecían al temblor de un farol. Todas estas cosas, aunque repugnaban a don Miguel, acababan por abolir sus escrúpulos, al probarle el universal poder de la carne.

Unos días más tarde, al volver a su cuarto, Ana encontró la Biblia de doña Valentina que tan a menudo le había pedido a su hermano. El libro estaba abierto y vuelto contra la mesa, como si el que lo estuviera leyendo, al interrumpirse, hubiera querido señalar un pasaje. Doña Ana lo cogió, puso un papel entre las hojas y lo colocó cuidadosamente en una estantería. Al día siguiente, don Miguel le preguntó si había echado una mirada a esas páginas. Al contestarle ella que no, temió insistir.

Ya no rehuía Miguel su presencia. Su actitud se modificó. No se privaba de ciertas alusiones que imaginaba claras: sólo lo estaban para él; ahora le parecía que todo guardaba una relación evidente con su obsesión. Tantos enigmas trastornaban a Ana, sin que tratase de buscarles ningún sentido. Le entraban angustias inexplicables ante su hermano; él la sentía estremecerse al menor contacto de sus manos. Entonces se apartaba. Por las noches, ya en su habitación y nervioso hasta tal punto que sentía

ganas de llorar, se llenaba de rencor hacia sí mismo, tanto por sus deseos como por sus escrúpulos, y se preguntaba con espanto qué es lo que sucedería al día siguiente a la misma hora. Los días transcurrían sin que nada cambiase. Pensó que ella no quería comprender. Estaba empezando a odiarla.

Ya no rechazaba sus fantasías nocturnas. Esperaba con impaciencia la llegada de esa semiinconsciencia del espíritu cuando se adormece; con el rostro hundido en las almohadas, se abandonaba a sus sueños. Despertaba con las manos ardiendo y mal sabor de boca, como si hubiera tenido fiebre, aún más desamparado que el día anterior.

El Jueves Santo, Ana mandó preguntar a su hermano si deseaba acompañarla en su recorrido por las siete iglesias. Él le contestó que no. Como la carroza estaba esperando, se fue ella sola.

Él continuó yendo y viniendo por la habitación. Al cabo de algún tiempo, sin poder resistirlo más, se vistió y salió.

Ana había visitado ya tres iglesias. La cuarta iba a ser la de los Lombardos; la carroza se detuvo en la plaza del Monte Olivete, delante de un pórtico bajo, cerca del cual se reunían, chillando destempladamente, una caterva de mendigos inválidos. Doña Ana atravesó la nave y entró en la capilla del Santo Sepulcro.

Uno de los reyes de la Nápoles aragonesa se había hecho reproducir allí, con sus amantes y sus poetas, en las actitudes de un velatorio fúnebre que duraría eternamente. Siete personajes de terracota, de tamaño natural, arrodillados o agachados en las mismas losas, se lamentaban en torno al cadáver

del Hombre Dios a quien habían seguido y amado. Cada uno de aquellos personajes era el fiel retrato de un hombre o de una mujer que habían fallecido un siglo antes, todo lo más, pero sus efigies desoladas parecían hallarse allí desde la Crucifixión. Aún podían verse restos de color: el rojo de sangre de Cristo se desconchaba como las costras de una antigua llaga. La mugre almacenada por el tiempo, los cirios, una falsa luz del día que reinaba en la capilla daban a aquel Jesús el aspecto atrozmente muerto que debió tener el del Gólgotha, unas horas antes de Pascua, cuando la podredumbre trataba de realizar su labor e incluso los ángeles empezaban a dudar. La muchedumbre, que se renovaba continuamente, hollaba el suelo del angosto espacio. Los andrajosos se codeaban con los gentileshombres; unos eclesiásticos, tan atareados como en un funeral, se abrían paso por entre los soldados de la flota, de rostros curtidos por el mar y señalados por los sables del turco. Dominando desde lo alto las frentes inclinadas, diversas estatuas de vírgenes y de santos se alineaban en hornacinas, cubiertas, a la antigua usanza, de velos morados, en honor a ese duelo que sobrepasa a todos los demás duelos.

Se apartaban al paso de Ana para dejarle sitio; su nombre, susurrado de boca en boca, su belleza y la magnificencia de sus atavíos detuvieron un instante el movimiento de los rosarios. Pusieron un cojín de terciopelo negro delante de ella; doña Ana se arrodilló. Inclinada sobre el cadáver de arcilla tendido en las losas, besó con devoción las llagas del costado y de las manos taladradas. Llevaba echado sobre la cara un velo que la moles-

taba. Al levantárselo un poco para echarlo hacia atrás, creyó sentir que alguien la miraba y, volviendo la cabeza hacia la derecha, divisó a don Miguel.

La violencia con que éste la miraba la asustó. Un banco los separaba. Él iba vestido de negro igual que ella, y Ana, aterrorizada y más blanca que la carne de los cirios, miraba a aquella estatua sombría al pie de las estatuas de color violeta.

Después, recordando que estaba allí para orar, se inclinó de nuevo a besar los pies del Cristo. Alguien se inclinaba a su lado. Sabía que era su hermano. Él le dijo:

–No.

Y continuando en voz baja:

–Nos veremos en el atrio de la iglesia.

Ana ni siquiera pensó en desobedecer. Se levantó y, atravesando el templo lleno del rumor de las letanías, alcanzó el ángulo del pórtico.

Miguel la estaba esperando. Ambos, al final de la Cuaresma, luchaban contra ese nerviosismo que causan las largas abstinencias. Él le dijo:

–Espero que habréis acabado con vuestras devociones.

Y como ella esperaba que continuase, prosiguió:

–¿No hay otras iglesias más solitarias? ¿No os han admirado ya lo bástante? ¿Es necesario que mostréis a la gente de qué manera besáis?

–Hermano –contestó Ana–, estáis muy enfermo.

–¿Ahora os dais cuenta? –dijo él.

Y le preguntó por qué no había ido al convento de Ischia, al retiro que solía hacer allí por Se-

mana Santa. Ella no se atrevió a decirle que no había querido dejarlo solo.

La carroza esperaba. Ana subió a ella y él la siguió. Sin continuar la visita de las iglesias, dio ella órdenes de que los llevaran al Fuerte de San Telmo. Se mantenía erguida en su asiento, preocupada y rígida. Don Miguel, al mirarla, pensaba en el desvanecimiento de su hermana, camino de Salerno.

Llegaron al fuerte y la carroza se paró bajo la poterna. Subieron ambos a la habitación de Ana. Miguel comprendía que ella tenía algo que decirle. Y, en efecto, quitándose el velo, le dijo:

–¿Sabíais que nuestro padre me ha propuesto un matrimonio en Sicilia?

–¿Ah, sí? –dijo él–. ¿Y con quién?

Ella respondió humildemente:

–Muy bien sabéis que no pienso aceptar.

Y diciendo que prefería retirarse del mundo, tal vez para siempre, habló de entrar en el convento de Ischia, o en el de las Clarisas de Nápoles, cuyo hermoso claustro había visitado a menudo doña Valentina.

–¿Estáis loca? –exclamó él.

Parecía fuera de sí.

–¿Y vais a vivir allí, bañada en lágrimas, consumiéndoos de amor por una estatua de cera? Ya os vi antes. ¿Cómo voy yo a permitir que tengáis un amante sólo porque esté crucificado? ¿Estáis ciega o bien mentís? ¿Creéis que yo deseo cederos a Dios?

Ana retrocedió, muy asustada. Él repitió varias veces:

–¡Jamás!

Se mantenía adosado a la pared, levantando ya la cortina con una mano para salir. Un estertor le llenaba la garganta. Exclamó:

–¡Amnón, Amnón, hermano de Tamar!

Y salió dando un portazo.

Ana permanecía hundida en el asiento. El grito que acababa de oír resonaba aún dentro de ella; vagos relatos de las Santas Escrituras le vinieron a la memoria; sabiendo ya lo que iba a leer, cogió la Biblia de doña Valentina y la abrió por la página señalada, leyó el pasaje en que Amnón violenta a su hermana Tamar. No pasó de los primeros versículos. El libro se le resbaló de las manos y, recostada en el respaldo del sillón, estupefacta por haberse mentido a sí misma durante tanto tiempo, escuchaba latir su corazón.

Le pareció que aquel corazón suyo se dilataba hasta el punto de llenar todo su ser. Una indolencia irresistible la invadía. Atravesada por bruscos espasmos, con las rodillas juntas, permanecía replegada sobre aquel latido interior.

A la noche siguiente, Miguel, que estaba tendido en la cama, sin dormir, creyó oír algo. No estaba seguro de ello: era menos un ruido que el estremecimiento de una presencia. Por haber vivido muchas veces con la imaginación instantes semejantes pensó que debía tener fiebre y, tratando de calmarse, recordó que la puerta tenía el cerrojo echado.

No quería levantarse; se incorporó y se sentó en la cama. Parecía como si la conciencia que de sus actos poseía se hiciera más clara cuanto más

involuntarios eran éstos. Asistiendo por primera vez a esa invasión de sí mismo, sentía vaciarse gradualmente su espíritu de todo lo que no fuese aquella espera.

Puso los pies en las baldosas y, muy despacito, se levantó. Contenía la respiración por instinto. No quería asustarla; no quería que ella supiera que la estaba oyendo. Tenía miedo de que huyese y aún más de que se quedara. El suelo de madera, al otro lado de la puerta, crujía un poco bajo dos pies descalzos. Se acercó a la puerta sin ruido, parándose repetidas veces, y acabó por apoyarse en ella. Sintió que Ana se apoyaba también; el temblor de sus dos cuerpos se comunicaba a la madera. Estaba oscuro por completo: cada uno de ellos escuchaba en la sombra el jadeo de un deseo igual al suyo. Ella no osaba suplicarle que abriese. Para atreverse a abrir, él esperaba sus palabras. El sentimiento de algo inmediato e irreparable le helaba la sangre; deseaba que ella no hubiese venido nunca y, al mismo tiempo, que estuviera ya dentro de la habitación. El latido de sus arterias le impedía oír. Dijo bajito:

–Ana...

Ella no contestó. Él corrió los cerrojos con premura. Sus manos agitadas palpaban sin conseguir levantar el pestillo. Cuando por fin abrió, ya no había nadie al otro lado del umbral.

El largo pasillo abovedado estaba tan oscuro como el interior de la habitación. La oyó huir y perderse en la lejanía con el ruido mate, ligero y precipitado de sus pies descalzos.

Estuvo esperando mucho tiempo. Ya no oía nada. Dejó la puerta abierta de par en par y se vol-

vió a meter entre las sábanas. A fuerza de espiar los menores estremecimientos del silencio, acababa por imaginarse tan pronto el roce de una tela, como una débil y tímida llamada. Pasaron las horas. Se detestaba por su cobardía, mas se consolaba pensando cuánto debía ella sufrir.

Cuando se hizo por completo de día, se levantó a cerrar la puerta. Solo en el cuarto vacío, pensaba: «Ella podría estar aquí.»

Las mantas revueltas formaban grandes masas de sombra. Se enfureció consigo mismo. Se tiró en la cama dando vueltas y gritando.

Ana pasó el día siguiente en su habitación. Las contraventanas estaban cerradas. Ni siquiera se había vestido: el largo traje negro en que la envolvían cada mañana sus doncellas flotaba en pliegues sueltos alrededor de su cuerpo. Había prohibido que dejaran entrar a nadie. Sentada, con la cabeza apoyada en las asperezas del respaldo, sufría sin lágrimas, sin pensar, humillada por lo que había intentado hacer y, al mismo tiempo, por haberlo intentado en vano, demasiado agotada incluso para sentir su sufrimiento.

No obstante, al llegar la noche, sus criadas le trajeron nuevas noticias.

Don Miguel, a mediodía, se había presentado en los aposentos de su padre. El caballero se hallaba postrado en una de aquellas crisis de terror místico durante las cuales se veía condenado al infierno. Ante la insistencia de Miguel, los criados le dejaron entrar en el oratorio donde estaba don Álvaro, quien cerró con impaciencia su libro de horas.

Don Miguel le anunció que próximamente embarcaría en una de las galeras armadas que daban caza a los piratas que cruzan de Malta a Tánger. En aquellos barcos, por lo general vetustos y mal equipados, y cuya tripulación se componía de aventureros, de antiguos piratas o de turcos conversos, a las órdenes de cualquier improvisado capitán, se aceptaba a todo el mundo. Los criados, informados no se sabe cómo, creían estar seguros de que don Miguel había firmado su enrolamiento aquella mañana.

Don Álvaro le dijo con sequedad:

–Singulares ideas tenéis para ser un gentilhombre.

Sin embargo, aquél era un duro golpe para él. Se le vio palidecer y dijo a su hijo:

–Pensad, señor, que no tengo más heredero que vos.

Don Miguel miraba fijamente al vacío. Algo desesperado se dibujó en su mirada y, sin que un solo músculo de su rostro se estremeciera, su cara se cubrió de lágrimas. Sólo entonces pareció comprender don Álvaro que un cruel combate se estaba librando, acaso desde hacía mucho tiempo, en el alma de su hijo.

Don Miguel se disponía a hablar, a confiarse probablemente. Su padre lo detuvo con un ademán:

–No –le dijo–. Supongo que Dios os envía alguna prueba. No tengo por qué conocerla. Nadie tiene derecho a entremeterse entre una conciencia y Dios. Haced lo que mejor os plazca. Para cargarme con vuestros pecados, pesan ya demasiado los míos.

Estrechó la mano de su hijo; los dos hombres se abrazaron solemnemente. Miguel salió. A partir de entonces, no se sabía dónde se hallaba.

Las criadas de Ana, viendo que ella no les respondía, la dejaron sola.

Había oscurecido por completo. El calor, en aquel cuarto día de abril, era precoz y sofocante. Ana sentía de nuevo alterarse su corazón; presentía con espanto que la fiebre del día anterior aparecería de nuevo a la misma hora. Se ahogaba. Tuvo que levantarse.

Acercándose al balcón, abrió las contraventanas para que penetrara la noche y se apoyó en la pared para respirar.

El balcón, muy amplio, comunicaba con diversas habitaciones. Don Miguel estaba sentado en el ángulo opuesto, acodado en la balaustrada. No se volvió. Un temblor le advertía que ella estaba allí. No hizo ni un movimiento.

Doña Ana miraba fijamente en la oscuridad. El cielo, en aquella noche de Viernes Santo, parecía resplandeciente de llagas. Doña Ana, en tensión por tanto sufrimiento, le dijo por fin:

–¿Por qué no me habéis matado, hermano?

–Pensé en ello –contestó él–. Pero creo que seguiría amándoos aun después de muerta.

Sólo entonces se dio la vuelta. Ella entrevió, en la penumbra, su rostro deshecho al que parecían corroer las lágrimas. Las palabras que había preparado murieron en sus labios. Se inclinó sobre él con desolada compasión. Cayeron uno en brazos del otro.

Tres días más tarde, en la iglesia de los Dominicos, don Miguel asistía a misa.

Había abandonado el Fuerte de San Telmo con las primeras luces del alba, en ese lunes que el pueblo llama la Pascua del Ángel, para rememorar que un enviado celestial habló antaño a unas mujeres, al lado de un sepulcro. Allá arriba, en la fortaleza gris, alguien lo había acompañado hasta el umbral de una habitación. Los adioses se habían prolongado en silencio. Él había tenido que desprenderse, muy suavemente, de aquellos brazos tibios que se apretaban contra su nuca. Sus labios conservaban todavía el sabor áspero de las lágrimas.

Rezaba desesperadamente. A cada oración sucedía otra, aún más ardiente; cada vez un nuevo impulso lo llevaba a una tercera oración. Experimentaba, junto con un aturdimiento que se parecía a la embriaguez, ese aligeramiento del cuerpo que parece liberar el alma. No se arrepentía de nada. Daba gracias a Dios por no haber permitido que él se fuera sin aquel viático final. Ella le había suplicado que se quedara; no obstante, él se había marchado en el día fijado para ello. Esta palabra cumplida consigo mismo lo confirmaba en sus tradiciones de honor, y la inmensidad de su sacrificio le parecía comprometer a Dios. Las manos en que encerraba su rostro para mejor abstraerse de todo le devolvían el perfume de la piel que había acariciado. Al no esperar más de la vida, se lanzaba hacia la muerte como hacia un fin necesario. Y, seguro de consumar su muerte de la misma manera que había consumado su vida, sollozaba por su felicidad.

Varios fieles se levantaron para ir a comulgar. Miguel no los siguió. No se había confesado para

la comunión pascual; algo parecido a los celos le impedía revelar su secreto, incluso a un sacerdote. Tan sólo se aproximó lo más posible al oficiante, de pie al otro lado del banco de piedra, con el fin de que la virtud de la hostia consagrada descendiese sobre él. Un rayo de sol resbalaba a lo largo de un pilar muy cercano. Apoyó la mejilla en la piedra lisa y suave como un contacto humano. Cerró los ojos y volvió a rezar.

No rezaba por sí mismo. Un oscuro instinto, quizá heredado de algún antepasado desconocido o renegado, que en tiempos pasados combatió a las órdenes de la media luna, le aseguraba que todo hombre que muere en combate contra los infieles se salva forzosamente. La muerte, en cuya búsqueda partía, le dispensaba del perdón. Rogaba a Dios apasionadamente para que perdonase a su hermana. No dudaba de que Dios lo haría así. Lo exigía como si fuera un derecho. Le parecía que, al envolverla con su sacrificio, la elevaba con él a una eterna bienaventuranza. La había dejado, aunque pensaba que no la abandonaba. La llaga de la separación había cesado de sangrar. En aquella mañana en que unas mujeres afligidas habían encontrado ante ellas una tumba vacía, Don Miguel dejaba elevarse su gratitud hacia la vida, hacia la muerte, hacia Dios.

Alguien le puso la mano en el hombro. Abrió los ojos: era Fernão Bilbaz, el capitán del navío en que iba a embarcarse. Juntos salieron de la iglesia. Una vez fuera, el aventurero portugués le dijo que la calma chicha no permitía que saliese la galera, que podía volver a su casa, pero que estuviera dis-

puesto para la marcha en cuanto soplara la más ligera brisa. Don Miguel regresó al Fuerte de San Telmo, pero no se olvidó de atar, en las contraventanas de Ana, un largo chal de seda que oirían restallar al viento.

Dos días después, al amanecer, oyeron el crujido de la seda. Repitiéronse los mismos adioses y las mismas lágrimas de la primera separación, como si se repitiera un sueño. Mas puede que ya no creyeran, ni uno ni otro, en la perpetuidad de aquellos adioses.

Pasaron varias semanas: a finales de mayo, Ana se enteró de cómo había hallado la muerte don Miguel.

La galera, al mando de Fernão Bilbaz, había dado con un corsario argelino, a mitad de camino entre África y Sicilia. Tras el cañoneo, vino el abordaje. La nave sarracena se hundió, pero el barco español, desamparado aunque victorioso, con los aparejos rotos y el mástil partido en dos, anduvo errante varios días, presa del viento y de las olas. Por fin, una ráfaga lo había empujado hasta una playa, no lejos de la pequeña ciudad siciliana de Cattolica. Entretanto, la mayoría de los hombres heridos durante el combate habían muerto.

Los campesinos de un pueblo muy cercano, movidos, quizá, por el afán de sacar alguna ganancia, bajaron hacia el barco perdido. Fernão Bilbaz mandó cavar una fosa y, con la ayuda del vicario de Cattolica, dio sepultura a los difuntos. Mas don Álvaro poseía extensas propiedades en esa parte de Sicilia; en cuanto las gentes del lugar oyeron el nombre de don Miguel, depositaron cuidadosa-

mente su cuerpo, por la noche, en la iglesia de Cattolica; seguidamente, trasladaron el féretro a Palermo para, de allí, embarcarlo hacia Nápoles.

Cuando don Álvaro se enteró del triste fin de su hijo, se limitó a decir:

–Es una hermosa muerte.

No obstante, se hallaba consternado. Su primer hijo, siendo niño aún, le había sido arrebatado por la peste al mismo tiempo que su madre, unos años antes de que naciera don Miguel. Aquel doble luto hizo que don Álvaro contrajese nuevas nupcias, mas éstas, a su vez, habían resultado ser peor que inútiles. Al desaparecer Miguel, no sólo deploraba su pérdida, sino asimismo los inanes esfuerzos que había realizado por aumentar y consolidar el edificio de su fortuna que, aún inacabado, pronto se quedaría sin poseedor. Su sangre y su nombre no le sobrevivirían. Sin desviarlo enteramente del cumplimiento de sus deberes nobiliarios, aquella muerte de su hijo, al recordarle la vanidad de todas las cosas, contribuyó a precipitarlo más en sus crisis de ascetismo o de libertinaje.

El cuerpo de don Miguel fue desembarcado al crepúsculo y provisionalmente depositado en la iglesia de San Juan del Mar, no lejos del puerto. Era una tarde de junio algo brumosa, sofocante y grata. Ana, que acudió ya de noche cerrada, dio órdenes de abrir el ataúd.

Unos cuantos candelabros iluminaban la iglesia. La herida visible en el costado derecho de su hermano dio esperanzas a Ana de que éste no hubiera sufrido demasiado. Pero ¿quién podía estar seguro de ello? Tal vez, al contrario, había te-

nido una larga agonía entre otros moribundos, en el puente medio roto de la nave... El mismo Fernão Bilbaz ya no se acordaba. Dos o tres frailes salmodiaban. Ana se decía que aquel cuerpo medio descompuesto continuaría deshaciéndose entre las tablas y que ella envidiaba esa podredumbre. Al ver que iban a clavar la tapa de la caja, Ana buscó alguna cosa suya personal que le fuera posible meter en el ataúd. No había pensado en traer flores.

Llevaba puesto al cuello un escapulario del Carmen. Miguel, al marchar, lo había besado repetidas veces. Se lo quitó y lo puso en el pecho de su hermano.

El marqués de la Cerna, que veía crecer de día en día entre el pueblo la hostilidad hacia él, creyó prudente no asistir al traslado del cuerpo a Santo Domingo, en donde debían celebrarse las exequias. Se hizo durante la noche, sin boato alguno; Ana seguía la comitiva en una carroza. Inspiraba gran compasión a sus criadas.

Al día siguiente se celebraron los funerales ante toda la corte. Arrodillado al lado del coro, don Álvaro contemplaba fijamente el alto catafalco. El féretro desaparecía bajo un montón de colgaduras y emblemas. Por la mente del gentilhombre pasaban toda clase de visiones, áridas como el sol de la sierra, ásperas como un cilicio, punzantes como un *Dies Irae*[22]. Contemplaba todos aquellos blasones, vanidad de los linajes, que sólo sirven para recordar

[22] *Dies Irae:* «Día de ira». Canto de la misa de difuntos en la liturgia católica romana. Es una expresión latina.

a las familias el número de sus muertos. El mundo, con sus vanidades y placeres, le recordaba un sudario de seda ostentado por un esqueleto. Su hijo, lo mismo que él, había gustado de esta ceniza. Sin duda, don Miguel estaba en el infierno. Don Álvaro, con religioso espanto, pensaba que él también iría probablemente allí, y se ensimismaba pensando en los castigos eternos infligidos a las criaturas de carne, en pago a los breves estremecimientos de un placer que no procura la felicidad. A su hijo, al que no había amado mucho en vida, lo sentía ahora más cerca, unido a él por un parentesco más íntimo y misterioso: el que establecen entre los hombres, a través de la lúgubre diversidad de las culpas, las mismas angustias, las mismas luchas, los mismos remordimientos, el mismo polvo.

Ana se hallaba frente a él, al otro lado de la nave. A don Álvaro, aquel rostro reluciente de lágrimas le recordaba el de Miguel, el día de Viernes Santo, cuando su hijo le anunció su marcha, ya en el umbral de la muerte y, seguramente, del pecado. Algunos indicios que su mente había acabado por relacionar, la salvaje desesperación de Ana y hasta ciertas inquietantes reticencias de las sirvientas, le hacían sospechar lo que él no quería saber. Miraba a Ana con odio. Aquella mujer le daba horror. Se decía: «Ella lo ha matado.»

La impopularidad de don Álvaro se agravó bruscamente.

Don Ambrosio Caraffa tenía un hermano: Liberio. Este joven, cuyo espíritu se alimentaba de los poetas y oradores de la antigüedad, se decía dedicado al servicio de su patria italiana. Con la emoción

que siguió a los tumultos de Calabria, incitó a los campesinos contra los recaudadores de impuestos, conspiró y se vio obligado a huir. Pusieron precio a su cabeza. Lo creían a salvo en uno de los castillos de su familia cuando, de repente, se supo que acababa de ser encarcelado en el Fuerte de San Telmo.

El virrey se hallaba ausente. Don Ambrosio Caraffa fue a casa del gobernador, rogándole que aplazase la ejecución. El padrino de don Miguel dijo al márques de la Cerna:

–No os pido sino un aplazamiento. Amo a Liberio como si fuera mi propio hijo. Pensad que no tiene más edad de la que tenía don Miguel.

Don Álvaro respondió:

–Mi hijo ha muerto.

Don Ambrosio Caraffa comprendió que toda esperanza estaba perdida. Aborrecía a don Álvaro, pero lo compadecía. Además, no podía por menos de admirar su inquebrantable firmeza. Más la hubiera admirado de haber sabido que el gobernador obedecía órdenes dadas de viva voz por el conde de Olivares, aun sabiendo que éste, en público, lo desautorizaría.

Horas más tarde corrió la noticia de que la cabeza de Liberio había caído ya. En lo sucesivo, don Álvaro no se atrevió a bajar, sino muy pocas veces y con numerosa escolta, o enmascarado y ya de noche cerrada, a la ciudad adonde lo llevaban sus devociones y sus placeres. Lo reconocieron y le arrojaron piedras; se encerró en el Fuerte de San Telmo y no volvió a salir de allí. La ciudadela, que aplastaba a Nápoles como el puño del Rey Católico, era odiada por el pueblo.

Ana iba todas las tardes a la iglesia de Santo Domingo. Hasta los peores enemigos de su padre se compadecían de su dolor cuando ella pasaba. Mandaba abrir la capilla y permanecía allí, inerte y sin lágrimas, olvidándose hasta de rezar. Los fieles que acudían a la iglesia a esas horas tardías la miraban a través de la reja, sin atreverse siquiera a pronunciar su nombre, por miedo a molestar a aquella figura que parecía una estatua sobre un sepulcro.

Se creyó que entraría en un convento. Jamás consintió en ello. Su vida, en apariencia, no había cambiado, aun cuando una regla casi monástica regía sus días, y llevaba puesto un cilicio para recordar su pecado. Por las noches se acostaba en una estrecha cama de madera, que había mandado instalar al lado del enorme lecho donde ya no quería dormir. Las pesadillas la despertaban; estaba sola. Entonces se desesperaba diciéndose que todo aquello había pasado igual que un sueño y que no tenía pruebas de nada, que acabaría por olvidar. Para revivirlo todo, se adentraba en su memoria. Ninguna posibilidad de porvenir se estremecía en ella. Tan agudo era el sentimiento de su soledad, que Ana hubiera deseado ardientemente aquello cuya espera, en un caso como el suyo, espanta a la mayoría de las mujeres.

Regresó el virrey de Nápoles, el conde de Olivares. Mandó llamar a don Álvaro a sus aposentos y le dijo, sin más preámbulos:

–Sabíais que yo iba a desautorizaros.

Don Álvaro se inclinó. El conde de Olivares prosiguió:

–No creáis que yo actúo así en mi propio interés. Acabo de recibir unas cartas de llamada del rey, y un monarca mucho más poderoso me llamará seguramente muy pronto a su lado.

No estaba mintiendo. Se hallaba enfermo, hinchado por la hidropesía. Añadió seguidamente:

–El marqués de Espínola anda buscando, para la guerra de Flandes, un lugarteniente que conozca los Países Bajos. Vos combatisteis no hace mucho en esa provincia. Precisamente enviamos allí, a través de Saboya, un convoy de hombres y dinero. Vos lo conduciréis.

Aquello significaba el exilio. Don Álvaro, al despedirse del conde de Olivares, besó su mano fláccida y dijo pensativamente:

–Todo es nada.

Al volver, mandó prevenir a Ana para que se ocupase de hacer los preparativos del próximo viaje.

El gobernador pasó sus últimos días en Nápoles recluido en la cartuja de San Martín, fortaleza dedicada a la oración, lindante con la suya. Ana procedió a hacer un inventario. Llegaron al cuarto de don Miguel. Ana no se había acercado a aquella puerta desde el día en que Miguel la había reñido a causa de un escudero. Al abrir, sintió como un vahído: aquel incidente olvidado se reproducía ante ella; Miguel se esforzaba por gritarle insultos, con el rojo de la vida y de la cólera en sus mejillas morenas. La estancia, en donde aún podían verse unos cuantos arneses de gran valor tirados por el suelo, estaba impregnada de olor a cuero. Ella se decía –y al decírselo sabía que estaba mintiendo–

que, en aquel momento, aún no había sucedido nada irreparable y que las cosas bien hubieran podido suceder de distinta manera. Se sintió mal. Las criadas abrieron las ventanas para que penetrara el aire. No se recuperaba. Salió.

El gobernador había decidido, por prudencia, que la salida tendría lugar muy temprano. Las doncellas de Ana la vistieron a la luz de los candelabros. Después bajaron con los baúles. Ana, al quedarse sola, salió al balcón para contemplar Nápoles y el golfo, en la blancura mate de la mañana.

Era un día de mediados de septiembre. Ana, inclinada sobre la balaustrada, miraba hacia abajo buscando, como si fuesen las estaciones de un camino que jamás volvería a recorrer, cada uno de los lugares en que su vida se había detenido un momento. El declive de una colina, a la derecha, le tapaba la isla de Ischia en donde dos niños pensativos habían deletreado juntos una página de *El banquete*. El camino de Salerno, a la izquierda, se perdía en la distancia. Ana reconocía, cerca del puerto, la iglesia de San Juan del Mar, donde se reunió con Miguel por última vez, y, surgiendo de entre el escalonamiento de los tejados que formaban terraza, el campanil de Santo Domingo de los Aragoneses. Cuando subieron las criadas, encontraron a su ama tendida en la cama grande y deshecha, postrada sobre un recuerdo.

Un coche de caballos esperaba en el patio de armas. Ana ocupó dócilmente su sitio en el vehículo donde su padre se había instalado ya. Delante de la entrada, unos criados del nuevo goberna-

dor, que transportaban enseres y muelles, se querellaban con los que partían. El carruaje se puso en marcha. Al atravesar la ciudad, casi desierta a esas horas, Ana pidió que se detuvieran un instante delante de Santo Domingo, que acababa de abrir sus puertas. Don Álvaro no se opuso a ello.

Pasaron unos instantes. El marqués se impacientaba. Las criadas, por orden suya, entraron en la iglesia para rogarle a doña Ana que saliera. Reapareció en seguida.

Se había echado el velo por la cara. Volvió a ocupar su sitio sin decir ni una palabra, dura, indiferente, impasible, como si en aquella capilla, a modo de ex-voto, hubiera dejado su corazón.

Doña Ana había compuesto, para el sepulcro, el acostumbrado epitafio. Podía leerse en el plinto:

LUCTU MEO VIVIT[23]

Seguían, en español, el nombre y los títulos. Luego, en el zócalo:

ANA DE LA CERNA Y LOS HERREROS,
SOROR
CAMPANIAE CAMPOS PRO
BATAVORUM CEDANS
HOC POSUIT MONUMENTUM
AETERNUM AETERNI DOLORIS
AMORISQUE[24]

[23] *Luctu meo vivit:* «Vive con mi dolor».

[24] *Ana...:* «Ana de la Cerna y los Herreros, hermana, retirándose a los campos de Campania en vez de a tierras de los bátavos (pueblo germano), erigió para siempre este monumento conmemorativo del dolor y amor eternos».

La Infanta, en Flandes, se hallaba agradecida a Monsieur de Wirquin, capitán coronel de una tropa reclutada cerca de Arras, en sus tierras, por haber pagado de su bolsillo la soldada ya muy atrasada de sus hombres; también sabía que sus jefes apreciaban su brutal valentía. Mas aquel francés, que se obligaba a hablar el español de la corte como quien pone el adorno engañoso de un encaje en una armadura, parecía de esas gentes que han nacido provistas de una doble faz y a quienes un guiño basta para tornarse en tránsfugas. De hecho, ninguna clase de lealtad vinculaba a Egmont de Wirquin con aquellos italianos parlanchines, ni con los fanfarrones españoles, dorados pícaros, en ocasiones bastardos y cuya sangre corrompida, de hacerle caso a él, no valía lo que la suya. Más tarde sabría vengarse, con algún estudiado insulto, de aquellos que le recalcaban que su título de nobleza databa de anteayer y, en caso de que la fortuna tardase demasiado en llegar, o de que la brisa política soplara en otra dirección, siempre podría pasarse del lado francés.

En Brabante, la noche antes de ser recibido por la Infanta, en el vehículo que los llevaba al campamento, el duque de Parma dibujó a su subordinado el perfil de los acontecimientos. Las siete provincias del Norte se hallaban, a decir verdad, definitivamente perdidas. España, mal repuesta de la tempestad que arrasó sus naves, ya no podía pretender patrullar aquellas largas costas, cuyas dunas tantos muertos encerraban. Cierto era que, hacia el interior, volvía a florecer la lealtad en las buenas ciudades. No obstante, confesó que resultaba difí-

cil pagar los suministros que se adeudaban a los ricos burgueses de Arras, comerciantes en paños y en vinos, y con los que estaba emparentado Monsieur de Wirquin por parte de madre. Un préstamo a la causa real constituía un honor y una promesa de porvenir; la suma le sería devuelta en cuanto regresaran los galeones. El capitán coronel sonrió sin contestar.

Después de esto, el hábil italiano dejó caer, como quien no quiere la cosa, que un matrimonio con alguna de las jóvenes beldades que habían venido de España y a quienes la Infanta, por razones de política, se proponía casar en Flandes, garantizaría a cualquier hombre bien nacido, pero sin influencia en la corte, una ocasión para abrirse camino cerca del archiduque y de su real esposa. A Monsieur de Wirquin no le tentaba gran cosa el estado conyugal, mas sí la idea de un brillante enlace. Se contentó con decir que ya vería.

Habíase casado la Infanta siendo ya mayor. Vestida con austeridad monacal, por su gusto hubiera confinado a sus meninas en una penumbra eclesial. No obstante, no se oponía a que lucieran los atavíos dignos de su rango, ni a los juegos permitidos, ni al homenaje de ciertos galanes cuidadosamente elegidos, con vistas a las buenas alianzas que cimentarían su política de conciliación. Quizá envidiara aquellos ojos reidores, o llenos de lágrimas infantiles, no obsesionados por la visión de ejércitos, flotas y fortalezas. Aquel día, sentada al lado de la alta chimenea, al final de una tarde lluviosa, contemplaba melancólicamente a sus damas de honor, preguntándose a cuál de ellas iba a

sacrificar. De sus labios caían palabras tales como abnegación a la causa real y sumisión al cielo. Las jóvenes retrocedían ante su mirada escrutadora: las que tenían amantes temían verse obligadas a abandonarlos, y Pilar, Mariana o Soledad rezaban para que no las escogieran a ellas.

Pero la Infanta se volvió hacia Ana de la Cerna, de veinticinco años, la más reciente de sus damas de honor y también la de más edad. Vestía de negro desde la muerte de su hermano, caído tres años antes en servicio del rey, y la suntuosidad de las telas que la vestían ponía un toque fastuoso en su luto.

–Ya hablé con vuestro padre sobre este matrimonio –dijo la Infanta–. Os deja escoger entre aceptar este contrato o el convento.

Todas sus compañeras esperaban que optase por el convento. Se quedaron muy sorprendidas al oírla decir, en voz baja:

–No me atrae mucho el matrimonio, señora, mas tampoco me siento preparada para consagrarme a Dios.

Anuciaron la llegada del caballero. La Infanta se levantó para pasar a la estancia contigua. Ana de la Cerna se vio obligada a seguirla. Monsieur de Wirquin –quien, sin embargo, no solía apreciar más que a las rollizas beldades flamencas– quedó seducido por aquella muchacha a quien el negro de su vestido hacía parecer más blanca y más esbelta. Ana de la Cerna lo conmovía como si fuera un estandarte.

Además, murmuraban que ella heredaría de su padre, el marqués de la Cerna, inmensas propiedades en Italia. Como si todas esas riquezas, que

por lo lejanas casi eran fabulosas, le pertenecieran ya, escribió a su madre para que acondicionase su mansión de Baillicour.

El marqués de la Cerna, miembro desde hacía poco tiempo del Consejo privado, tropezó por casualidad con su hija en la corte de la Infanta, unos días después de los esponsales. Se hallaba manifiestamente sumido en uno de los ataques de humildad en que se extraviaba su razón. Dijo a su hija:

–Ya no os guardo rencor.

Ana comprendió que seguía odiándola.

La misa de esponsales de Ana se celebró el 7 de agosto de 1600, en Bruselas, en la iglesia de Sablon, en presencia de la Infanta. Al llegar al ofertorio, doña Ana se desmayó, lo que fue atribuido al calor, a la extrema incomodidad causada por el gentío y a su corpiño de tejido de plata, que la apretaba demasiado. Don Álvaro, de pie al lado del coro, conservó una calma imperturbable durante toda la ceremonia, cosa que sus mismos detractores admiraban: acababan de detener a dos calvinistas apostados para apuñalarlo, y los guardias de su séquito no podían evitar volver la cabeza en cuanto oían el menor ruido.

También don Álvaro miraba hacia atrás, pues no cesó de acordarse de su pasado en aquel día. Este hombre, que no recordaba haber amado a ninguna criatura viva en cuerpo y alma, pensaba ahora más en su hijo, al haber éste pasado a ocupar un puesto en la tropa de sus fantasmas. Su cabeza se debilitaba; en ocasiones caía en unas ausencias misteriosas, que lo llevaban desde las fronteras del país ardiente, pero sin color ni forma, en donde, de todas nuestras acciones, sólo sobreviven los remordimientos. No osando mirar de frente la falta de Miguel, tal vez por miedo a no horrorizarse lo bastante, experimentaba, sin embargo, una especie de envidia ante aquella pasión que lo había barrido todo a su alrededor, incluso el miedo al pecado. El amor había ahorrado a Miguel el espanto de estar solo, como su padre, en un universo vacío de todo lo que no es Dios. Lo envidiaba sobre todo por haber sido ya juzgado. El matrimonio de Ana cortaba el último hilo, muy tenue, que lo

unía a su raza en la tierra; la ambición no era más que un engaño y ya no le hacía caer en sus redes; las exigencias de la carne se iban acallando con la edad; esta triste victoria lo obligaba a mirar por su alma. Inquieto, pero agotado, el marqués sentía llegado el momento de abandonarse a la gran mano terrible que tal vez se hiciera clemente en cuanto él hubiera dejado de luchar.

Unos meses más tarde participó por última vez en el Consejo privado de la Infanta. Su dimisión fue aceptada fácilmente. Sufrió por ello: había esperado que el mundo lo disputase a Dios con mayor empeño.

Egmont de Wirquin llevó a su mujer a Picardía, a sus tierras. Ante aquel extranjero que creía poseer a Ana -¡como si pudiera poseerse a una mujer cuando se ignoran las razones de su llanto!-, el marqués, a pesar del resentimiento que seguía sintiendo hacia su hija, se sentía ligado a ella por una muda complicidad. No obstante, sus adioses fueron secos; a pesar suyo, don Álvaro la despreciaba por seguir todavía con vida; la misma Ana también reprochaba a la desgracia el que no la hubiera destrozado más. Resignada a soportar a un marido al que, por lo menos, no amaba, se alegraba de que su rostro, sus manos y sus pechos hubieran adelgazado y fuesen diferentes de aquellos que unas manos, ya convertidas en polvo, habían acariciado.

Inquietudes de guerra y de dinero impedían a Monsieur de Wirquin preocuparse mucho de ella. Harto desdeñoso para buscarle un motivo a las fantasías de una mujer, nunca se extrañó de que

Ana, cuando llegaba la Semana Santa, pasara las noches rezando.

En Nápoles, una noche de julio de 1602, un hombre pobremente vestido llamó a la puerta del monasterio de San Martín. La mirilla enrejada se abrió prudentemente y el hermano portero, en un principio, se negó a dejar entrar al extranjero, por ser una hora muy tardía. Sorprendido por un tono de mando que no estaba acostumbrado a oír en los mendigos de aquella especie, el fraile descorrió por fin el cerrojo e introdujo al desconocido. Una vez en el umbral, el hombre se volvió. Era ese instante en que el sol, ya rojo, se desliza por detrás de los Camaldulenses[25]. El hombre contempló, sin decir una palabra, la mar pálida, las enormes cortinas del Fuerte de San Telmo enlucidas por el oro del crepúsculo y, más allá de las almenas que le tapaban la vista del puerto, el triángulo hinchado de un galeón saliendo de la rada. Después, con un brusco movimiento de hombros, se hundió el sombrero sobre los ojos y siguió a su guía por un largo pasillo. Al pasar por la iglesia, que era nueva y estaba ricamente ornamentada, se arrodilló durante un buen rato, mas se percató de que el fraile no le quitaba los ojos de encima, como si temiera hallarse frente a un ladrón. Ambos entraron por fin en un locutorio lindante a la sacristía. El hermano, entonces, cerró la puerta tras el extranjero, dio varias vueltas a la llave, que chirrió con ruido de chatarra, y fue a prevenir al prior.

[25] *camaldulenses:* De la orden fundada en el s. XI por San Romualdo en Camaldoli, cerca de Florencia.

El extranjero, con la mirada perdida como en una oración, esperó durante un tiempo indefinido. El mismo chirrido se dejó oír, y el prior de San Martín, don Ambrosio Caraffa, apareció por fin. Dos frailes que le daban escolta se pararon en el umbral de la puerta. Cada uno de ellos llevaba una vela. Las pálidas llamas se reflejaban en el artesonado.

El prior era un hombre obeso, ya de cierta edad, de rostro benevolente y sereno. El hombre se quitó el sombrero, desabrochó su capa y dobló la rodilla sin hablar. Al agachar la cabeza, su barba áspera y gris rozó el terciopelo del jubón. En su rostro demacrado, todo él una pura red de músculos, los ojos miraban hacia delante, más allá del prior, como si se esforzara por no ver a ese fraile a quien, sin embargo, quería pedir algo.

–Padre –le dijo–, soy viejo. La vida ya no tiene nada que ofrecerme, a no ser la muerte, y espero que ésta será mejor de lo que fue aquélla. Os pido que me aceptéis como al más humilde y desvalido de vuestros hermanos.

El prior examinaba en silencio al altivo suplicante. El hombre que estaba hablando no llevaba joyas, ni cuello, ni adornos de pasamanería, pero alrededor del cuello llevaba una cadena de la que colgaba, por descuido o por postrera vanidad, el Toisón de oro[26] español. Advertido por la mirada del prior, el extranjero llevó a él su mano y se lo quitó.

–Sois noble –dijo el prior.

El hombre respondió:

[26] *Toisón de oro:* Orden de caballería creada por Felipe el Bueno en 1429 para premiar las virtudes caballerescas. Su símbolo es un collar de oro y en la actualidad la concede el rey de España.

–Lo he olvidado todo.

El prior levantó la cabeza:

–Sois rico.

–Todo lo di –dijo el hombre.

En aquel momento, un prolongado grito monótono ascendió, se estiró, descendió. Era la consigna de los centinelas, el relevo en el Fuerte de San Telmo, y el prior vio al extranjero estremecerse al oír ese eco repentino del mundo. Hacía ya un buen rato que don Ambrosio Caraffa había reconocido a don Álvaro.

–Sois el marqués de la Cerna –le dijo.

Don Álvaro contestó humildemente:

–Lo he sido.

–Sois el marqués de la Cerna –prosiguió el prior–. Si se hubiera sabido que estabais en Nápoles, más de uno cuya existencia acaso ignoréis habría acudido a desearos la bienvenida con un puñal. Hace diez años yo hubiera hecho lo mismo. Mas el golpe que de vos recibí me arrojó fuera del mundo. Os ha llegado el turno de desear morir para él. Los fantasmas no se matan entre sí en este lugar de paz.

Y al levantarse don Álvaro, añadió:

–Don Álvaro, seréis mi huésped, como en aquellos tiempos en que yo os recibía en mi cenador de las Cascatella.

Y una fina sonrisa de patricio, medio escondida entre la grasa, pasó por el rostro del cartujo. Don Álvaro se ensombreció y el prior se dio cuenta de ello.

–Hice mal en evocar el pasado –dijo–. Aquí no sois más que el huésped de Dios.

Entonces, don Álvaro se volvió para contemplar no sé qué en la sombra. Le asaltaron algunos de sus antiguos temores, junto con el horror del gran abismo. Mas las murallas del monasterio lo defendían del vacío y, tras ellas, otras murallas aún más fuertes que elevaba en torno a él la Iglesia. Y don Álvaro sabía que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.

Desde entonces su vida se convirtió en penitencia.

Don Ambrosio Caraffa, dentro de la sencillez cisterciense, conservaba esa afición al arte que lo había distinguido en el siglo. Los claustros fueron reconstruidos, con su dinero, en estricta conformidad con los órdenes de Vitrubio[27] y, para inclinar a las meditaciones de un piadoso epicureísmo[28], cada pilastra lucía, primorosamente esculpida, una calavera. Las manos gordezuelas del prior comprobaban cuidadosamente el pulido de la piedra. Aquel patricio para quien la religión tal vez no fuese sino el coronamiento de la sabiduría humana, hallaba a Dios tanto en las vetas de un hermoso mármol como en la lectura del *Cármides*[29]. Sin infringir la regla del silencio, cuando una flor de sus jardines le parecía especialmente hermosa, la señalaba con una sonrisa.

[27] *Vitrubio:* Marco Vitrubio, arquitecto romano del s. I a. C. Fue autor del tratado *De architectura,* que tuvo gran influencia en el Renacimiento.

[28] *epicureísmo:* Doctrina filosófica que sostiene que el hombre debe prescindir del miedo a los dioses y su destino para alcanzar una tranquilidad interior que le conducirá al disfrute del placer, objetivo de la vida humana.

[29] *Cármides:* Diálogo de Platón sobre la sabiduría.

Entonces don Álvaro pensaba en el combate que desarrollan bajo tierra las raíces, en el calor de la savia, que hace de cada corola un receptáculo de lujuria. Las construcciones inacabadas, cuyo aspecto, como si quisieran descorazonar al maestro cantero, imita de antemano la ruina en que se convertirán un día, le recordaban que todo constructor, a la larga, sólo edifica un derrumbamiento. Aún le quedaba cierto dolor, como secuela de una fiebre, de sus ambiciones cansadas, y el asombro que produce, tras el ruido, el ensordecedor silencio. Los arcos del claustro -en los que la luz del mediodía, al proyectar cada arcada en la pared opuesta, ponía una columna de sombra que hacía juego con la de piedra- alternaban negros y blancos cual doble fila de monjes. Don Ambrosio y don Álvaro se saludaban al pasar. El uno, al repetirse los versos de un poeta de Chiraz que, en tiempos de sus embajadas romanas, le había explicado un enviado del Sultán, hallaba en cada anémona la fresca juventud de Liberio. La tierra árida, en donde a veces cavaban una tumba, recordaba al otro a don Miguel. De esta manera, cada uno de ellos leía de forma distinta ese libro de la creación, que puede descifrarse en dos sentidos, y en ambos sentidos poseen un mismo valor, pues nadie ha averiguado aún si todo vive para morir o si sólo muere para vivir de nuevo.

La historia de Ana tuvo en lo sucesivo la monotonía de una prueba durante largo tiempo soportada. Monsieur de Wirquin abandonó muy pronto los intereses de España, para mirar por Francia, lo que aumentó el desdén que Ana sentía hacia él. En diversas ocasiones, la guerra asoló sus tierras; hubo que salvaguardar, en la medida de lo posible, a campesinos, ganado y enseres, aunque estas preocupaciones comunes no consiguieron acercarlos. Por su parte, el marido de Ana nunca perdonó a su suegro el haber donado su fortuna a instituciones piadosas; los bienes casi fabulosos, que habían contribuido, al menos en parte, a hacerle contraer aquel matrimonio, no fueron más que espejismos. Entre Ana y él, la cortesía ocupaba el lugar de la ternura, sentimiento que, por lo demás, él no consideraba necesario en sus relaciones con una mujer. Ana soportó con repulsión, al principio, sus atenciones nocturnas; luego, el placer se insinuó en algunas ocasiones en ella, siempre a su pesar, y limitado a una parte baja y estrecha de su carne, sin conmover todo su ser. Agradeció que, pasado el tiempo, él se buscara amantes que lo alejaban de ella.

Unos cuantos embarazos, soportados con resignación, le dejaron sobre todo el recuerdo de largas náuseas. Quiso, no obstante, a sus hijos, aunque con amor animal que disminuía en cuanto ya no la necesitaban. Dos varones murieron de niños: lloró sobre todo por el más pequeño, cuyas facciones infantiles le recordaban a Miguel, pero a la larga pasó también aquella pena. El hijo mayor, que sobrevivió, era hombre de guerra y de corte, y se

debatía con los acreedores que le había dejado su padre, muerto en duelo a consecuencia de un misterioso asunto de honor. Su hija era religiosa en Douai. Pocos meses después de la muerte de Monsieur de Wirquin, un amigo del difunto que daba escolta a Ana desde Arras a París, en donde estaba su hijo, aprovechó una estancia casual para asediar a la viuda, aún hermosa. Demasiado cansada para luchar o acaso impulsada por su propia carne, Ana lo recibió con la misma emoción, ni más ni menos, que la que había sentido en el lecho conyugal. Este incidente no tuvo mayores consecuencias; el galán partió a reunirse con su regimiento en Alemania; la verdad era que nada de aquello tenía importancia. Durante las escasas estancias de Ana en el Louvre, la reina se encaprichó con aquella española de alto linaje, con la que se entretenía hablando en su lengua materna. Mas la viuda de Egmont de Wirquin rechazó el puesto de azafata[30] que le ofrecía. La pompa francesa y el lujo de Flandes, bajo sus cielos sombríos, no representaban nada si se les comparaba con el recuerdo de los fastos de Nápoles y con su puro cielo.

Con los años, la soledad, el cansancio y una especie de estupor cayeron sobre ella. No tenía el consuelo de las lágrimas: se consumía en aquella sequedad como en el interior de un árido desierto. En ciertos momentos, algunos delicados retazos del pasado se insertaban inexplicablemente en el presente, sin que se supiera de dónde provenían: un ademán de doña Valentina, el enredarse de una

[30] *azafata:* Criada que servía a la reina.

parra en torno a la polea de un pozo viejo en el patio de Acropoli, un guante de don Miguel encima de una mesa, con el calor de su mano todavía... En aquellos momentos parecía como si corriese una brisa tibia: se sentía casi desfallecer. Luego, durante meses, el aire le faltaba. El oficio de Difuntos, recitado a diario desde hacía casi cuarenta años, a fuerza de repetirlo, perdía súbitamente todo sentido. El rostro del amado se le aparecía a veces en sueños, con tal precisión, que veía hasta los menores detalles, hasta la ligera pelusilla de encima del labio; el resto del tiempo, yacía descompuesto en su memoria como el mismo don Miguel en su sepulcro, y tan pronto le parecía que Miguel jamás había existido sino en su imaginación, como que estaba obligando, de manera casi sacrílega, a revivir al muerto. Del mismo modo que hay gentes que se azotan para excitar sus sentidos, Ana se flagelaba con sus pensamientos para reavivar su aflicción; mas su dolor, agotado, se había convertido en lasitud. El corazón mortificado se negaba a sangrar.

Al llegar a los sesenta años, dejó la propiedad a su hijo y se instaló como pensionista en el convento de Douai, donde su hija había tomado los hábitos. Había también otras damas nobles con intención de acabar allí lo que les quedaba de vida. Poco después de la llegada de Ana, prepararon una habitación para una tal Madame de Borsèle, una de las amantes por quien se había arruinado Egmont de Wirquin. El tiempo que todas aquellas señoras no dedicaban a los oficios, lo pasaban bordando o leyendo en voz alta las cartas que sus hijos les escribían, y organizando merien-

das y delicadas cenas que se ofrecían entre sí. La conversación solía versar sobre las modas imperantes en su juventud, los méritos respectivos de los difuntos maridos o de los presentes confesores, los amantes que presumían haber o no tenido. Aunque siempre volvían, con insistencia repugnante y casi grotesca, a hablar de sus males corporales visibles u ocultos. Parecía como si el exponer de este modo sus enfermedades se convirtiera para ellas en una nueva forma de impudicia. Una ligera sordera impedía a Ana oír sus insulseces y le permitía no mezclarse en ellas. Cada una de aquellas señoras había traído consigo a su doncella, mas en ocasiones sucedía que las muchachas eran negligentes o que, por una u otra razón, hubiera que despedirlas. Las hermanas legas no siempre se bastaban para el servicio de las pensionistas. Madame de Borsèle era obesa y se hallaba casi incapacitada para moverse. Ana la ayudaba a peinarse, y la antigua belleza se ponía a aplaudir cuando le acercaban un espejo en donde mirar su rostro. O bien gemía lastimeramente porque habían dejado fuera de su alcance la caja donde guardaba las golosinas. Ana, entonces, se levantaba de la silla, cosa que ya le costaba bastante trabajo, encontraba la caja y dejaba que Madame de Borsèle se atracara de dulces. Una vez, una vieja pensionista que volvía del refectorio vomitó en el pasillo. Ninguna criada se hallaba allí en aquel momento. Fue Ana la que tuvo que fregar las baldosas.

Las monjas admiraban su mansedumbre para con su antigua y escandalosa rival, su austeridad, su humildad y su paciencia. Pero no es que

hubiera en ello ni mansedumbre, ni austeridad, ni humildad, ni paciencia en el sentido en que ellas lo entendían. Sencillamente, Ana estaba ausente.

Había vuelto a leer a los místicos: Luis de León, el hermano Juan de la Cruz, la santa madre Teresa, los mismos que antaño le leía, al sol de la tarde napolitana, un joven caballero todo vestido de negro. El libro permanecía abierto al alcance de su mirada, en la ventana; Ana, sentada al pálido sol de otoño, posaba de cuando en cuando, en alguna de sus líneas, sus ojos cansados. No trataba de seguir el sentido, pero aquellas hermosas frases ardientes formaban parte de la música amorosa y fúnebre que había acompañado su vida. Imágenes de otros tiempos resplandecían de nuevo en su juventud inmóvil, como si doña Ana, en su insensible descenso, hubiera empezado a alcanzar el lugar en donde todo se reúne. Doña Valentina no andaba lejos; don Miguel resplandecía con el fulgor de sus veinte años; estaba muy cerca. Una Ana de veinte años ardía y vivía también, inalterable, en el interior de su cuerpo de mujer ajada y envejecida. El tiempo había destruido sus barreras y roto sus rejas. Cinco días y cinco noches de una violenta dicha llenaban con sus ecos y sus reflejos todos los recovecos de la eternidad.

No obstante, su agonía fue larga y penosa. Había olvidado el francés; el capellán, que presumía de saber algunas palabras de español y un poco de italiano aprendido en los libros, acudía a veces a exhortarla en una de estas dos lenguas. Mas

la moribunda ya no le escuchaba y apenas le entendía. El sacerdote, aunque ella ya no veía, continuaba presentándole un crucifijo. Al final, el rostro atormentado de Ana se sosegó; cerró poco a poco los ojos. La oyeron murmurar:

–Mi amado...[31]

Pensaron que hablaba con Dios. Acaso estuviera hablándole a Dios...

[31] En el original francés aparece escrito en castellano.

ELKHART PUBLIC LIBR
3 3080 00369 3

otros títulos de la colección

1
edgar allan poe: el escarabajo de oro
y otro relato

2
camilo jose cela: santa balbina, 37,
gas en cada piso, y otro relato

3
oscar wilde: el crimen de lord arthur savile
y otros relatos

5
arthur conan doyle: el tren especial
desaparecido y otros relatos

6
gabriel garcia márquez: la increible
y triste historia de la cándida erendira
y su abuela desalmada y otro relato

7
guy de maupassant: bola de sebo
y otros relatos

8
julio cortázar: casa tomada y otros relatos

9
jack london: el silencio blanco y otro relato

10
robert louis stevenson: el extraordinario
caso del doctor jekyll y mr. hyde

11
anton chejov: la dama del perrito y otros relatos

12
emilia pardo bazán: un destripador de antaño
y otros relatos

ELK

RELATO
corto
AGUILAR

ana, soror...

En el Nápoles español de finales del siglo XVI, tras las murallas del Fuerte de San Telmo, se nos van desvelando los sentimientos de dos hermanos, Ana y Miguel, que al perder a su madre se enfrentan a una situación de inseguridad y desamparo. Marguerite Yourcenar recrea con su maestría habitual el mundo de las relaciones familiares y sociales y el ambiente de la época.

marguerite yourcenar

OD-CTH-256
REL
C O
A G U I